SERIE 2.ª 7 DE ABRIL DE 1892 NÚMERO 9

ESTUDIOS TEOSÓFICOS

Satyât Nâsti Paro Dharma.

No hay religión más elevada que la Verdad.

Administración y Redacción: Tallers, 66, entresuelo, 1.ª—Barcelona

Viviendo en aquel Mismo, en manera alguna me encuentro adherido yo á ninguna cosa gracias al deseo ó á la cólera, á la ancianidad ó á la muerte. No anhelando ningún objéto de deseo, á ningún mal odiando, no existe mancha alguna en mis naturalezas, así como no se percibe en los lotos ni la señal de una gota de agua... Aunque las acciones se verifiquen, á EL no le toca la red de placeres, así como la red que forman los rayos del sol al cruzarse no se une al cielo.

ANUGITA Cap. XIII.

EL PORQUÉ DE LA TEOSOFÍA

Muchas son las personas que, al oir hablar por vez primera de Teosofía ó de la S. T., una vez satisfecho el sentimiento de curiosidad que las ha impulsado á enterarse superficialmente de lo que llamó su atención en un principio, se limitan á encogerse de hombros, pues nada nuevo, segun ellos, encuentran en dichas doctrinas ni en la Sociedad que actualmente las promulga.

Realmente, los Tres Objetos de la S. T. nada dicen de nuevo al que no hace más que leerlos sin comprender la transcendencia de los mismos. La Fraternidad Universal, que es el tema del primero, y para cuyo logro no son más que instrumentos el segundo y el tercero, es una idea tan manoseada ya, segun la opinión general, que resulta, al decir de muchos, una vulgaridad el hablar en pró de la misma; según unos, porque es una utopia; según otros, porque su propia religión es la más á propósito para alcanzarla; otros, pertenecientes á la Masonería, que sólo ella es la realización práctica de un ideal tan exaltado; para los Espiritistas, que la comunicación con los

invisibles es uno de los medios prácticos de lograr esta Fraternidad propiamente Universal, y la unión entre los que viven en el plano de la materia y los que viven en el plano que ellos llaman del espíritu. Y por fin, queda la masa egoista para quienes no hay más Dios que sus propios apetitos y que, por lo tanto, son la negación viviente de una idea tan noble como elevada.

El que la idea de la Fraternidad Universal resulte hoy utópica, vulgar, trasnochada, dogmática y aun ridícula para algunos, procede de que ninguna escuela, sistema ó religión la expone como es debido, y la mayor parte de ellos se valen de la misma para crear colectividades egoistas.

Una idea como la de una Fraternidad Universal, para ser fructífera, es menester que arranque de arriba y no que venga de abajo; las razones que en pró de la misma presentan muchos de los grandes pensadores modernos, son falaces, pues no se apoyan más que en la materia y en las necesidades ficticias de nuestra manera de vivir actual. Creyóse que con el descubrimiento del vapor y de la electricidad, con la rapidez de las comunicaciones y con todos los progresos materiales de un siglo, llamado de las luces, se establecerían relaciones fraternales entre unos pueblos y otros pueblos, que reinaría á manera de edad de oro en nuestra tierra; ¿cuáles han sido los resultados? La verdad es que, como hemos tratado de levantar más de lo que podíamos las mechas de las lámparas, en nuestros locos esfuerzos, para que diesen más luz, la hemos obtenido sí, pero es tal el humo que producen que casi casi se recuerdan con gusto aquellos tiempos en que las lámparas alumbraban menos, pero en cambio no olían mal ni asfixiaban con vapores pestilentes.

Hoy día, ha desaparecido la esclavitud, dicen los que cantan las glorias de la Revolución Francesa. Ya no hay Feudalismo. La Libertad es ensalzada y aclamada en todos los tonos. Y no tiene uno más que mirar en torno suyo para ver la explotación del débil verificada al amparo de las leyes mismas, pues hoy las potencias feudales de un tiempo se han convertido en grandes Compañías, en banqueros poderosos, que, todo lo legal y honradamente posible, chupan más pequeñas fortunas que agua una esponja.

La rapidez vertiginosa en las comunicaciones, sirve hoy en provecho de una minoria insignificante de hombres poderosos, de cuyo capricho depende el trastornar los mercados y destruir el equilibrio económico; no hay agricultura posible ni industria posible para la masa humana que vive de su trabajo honrado.

Los siglos de intolerancia, de dogmatismo y de persecución religiosa dieron lugar al estallido del 93, que, por no perder la costumbre tradicional, convirtió á Europa en un mar de sangre, predicando, por supuesto, la Fraternidad. El materialismo, el escepticismo modernos, y el ateismo son las consecuencias directas de las pretensiones dogmáticas de las Iglesias, pues pretender imponer dogmas, que todo lo más sirven para una humanidad

que no raciocina, á pueblos que piensan ya por sí mismos, es el medio más seguro para conducirles á la negación de todo cuanto no sea materia, y esto es lo que ha sucedido. Las Religiones son para los hombres, y no los hombres para las Religiones, ha dicho alguien. Y hoy, todas las predicaciones de las Iglesias en contra del materialismo de los tiempos, son inútiles, pues son quizás ellas más materialistas que nadie, pues de abstracciones metafísico-espirituales han fabricado concreciones materiales á las que llaman dogmas indiscutibles!

¿Es acaso estraño que esté amenazada Europa con los horrores que se vislumbran, y de que broten, á manera de sombras fatídicas, Anarquistas, Nihilistas, etc., etc.? Es tan sólo lógico, y es la consecuencia natural de tantos siglos de barbárie durante los cuales, por cada mártir cristiano que el paganismo sacrificó, han perdido sus vidas millares de víctimas y de mártires á manos del Cristianismo Occidental.

Los progresos materiales del siglo XIX son inmensos, pero la Ley Natural de la Evolución, lo mismo en los pueblos que en los hombres, exige un desarrollo harmónico: la Naturaleza no consiente que las monstruosidades vivan mucho tiempo. La Civilización de Occidente es una monstruosidad, á su desarrollo material correspondería un progreso moral proporcionado, que no tiene y que sus religiones no pueden proporcionarle, á menos de que no renuncien y sacudan de sí mismas á su propio materialismo, y recuerden la frase del Maestro: «Mi Reino no es de este mundo.»

Ahora bien, ¿porqué el concepto de Fraternidad Universal, tal como la Teosofía la concibe, es el medio único de presentar una idea de la que tanto se ha abusado, de un modo que haga vislumbrar en ella un débil rayo de esperanza para la humanidad, el día en que ésta la comprenda?

1.° PORQUE como no es ninguna Religión, no trata de usurpar el lugar que ninguna de las actuales religiones ocupa en el mundo; ni lo quiere aunque se lo den, pues se cierne á una altura en exceso considerable para ambicionar «Reinos de este Mundo».

2.° PORQUE como es la Sabiduría-Religión, ó sea la síntesis Científica-Religiosa-Filosófica que existe en el fondo de todas las Religiones dignas del nombre de tales, posee las claves del Simbolismo Arcáico Fundamental, y es el único sistema que puede demostrar á los fieles de las distintas religiones que dicen lo mismo bajo formas distintas, y por lo tanto, á amarse, en vez de odiarse y de llamarse mútua y caritativamente, perros, como hacen Judíos, Cristianos y Musulmanes.

3.° PORQUE proclama como principio fundamental en pró de la Fraternidad, la inmanencia de la Divinidad en *todo*, lo cual no puede negar ningún sistema religioso que diga que «Dios está en todas partes», y por lo tanto, que más que hijos de Dios, somos manifestaciones de la DIVINIDAD. Que existe un substratum de vida común á todos, lo cual constituye la ÚNICA Base Científica en pró de la Fraternidad, no Humana, sino Uni-

versal. Una VIDA DIVINA Omnipénetrante, y que así como el Sol brilla para todos, no tiene derecho alguno, ninguna Religión, para proclamarse como su manifestación única, y menos para convertir los pueblos á sus creencias pasándolos á sangre y fuego, en lo que han rivalizado Cristianos y Musulmanes.

BHAKTI MARGA *

Gura (Maestro).—Ahora bien, dime, cómo hay que progresar espiritualmente, ó cómo puede un aspirante lograr el objeto de sus deseos?

Chela (Discípulo).—Observando los deberes inherentes á su nacimiento y condición en la vida.

G.—Esto es exotérico, sigue.

C.—Aplicando el efecto de todo nuestro Karma á Sri Krishna. (Gîtâ IX. 27.)

G.—Esto es exotérico, sigue.

C.—Sacrificando uno su propia naturaleza ó las naturales tendencias por Sri Krishna. (Gîtâ XVIII. 66).

G.—Esto es exotérico, sigue.

C.—Lo mejor es. Sabiduría unida á la devoción. (Gîtâ XVIII, 54).

G.—Esto es exotérico, sigue.

C.—Pura, inmaculada Bhakti.

G.—Sí, pero dí algo más.

C.—Lo mejor es Bhaktí con amor.

G.—Es cierto, sigue.

C.—Con aquel amor ó adhesión, como el del servidor hacia su amo.

G.—Correcto, anda un poco más.

C.—Entonces el próximo grado más elevado es aquel en el cual la adhesión se convierte en amistad.

G.—Excelente; sigue.

C.—El próximo grado es el tipo del cariño más antiegoista, el de una madre por su hijo adorado.

G.—También esto está bién, pero ¿y qué más?

C.—El amor de marido y mujer, (1) («el impulso del corazón hacia el amado.»)

G.—Esto es sin duda alguna lo último, pero ¿tendrás la bondad de decir algo más acerca del asunto?

C.—No me he podido figurar que exista nadie en la tierra que realizando todo lo anterior pida todavía más.

. . . .

Y entonces cayó el Chela en que se hallaba ante su Guru á quien no había conocido.

* *Sendero de Devoción*: N.º 5. *Oriental Department*, traducido del sánscrito por Kali Prasanna Mukherji. de Berhampur (India).

(1) No amor físico ni psíquico.— N. del T.

LA BASE ESOTÉRICA DEL CRISTIANISMO

ó

LA TEOSOFÍA Y LA DOCTRINA CRISTIANA

POR

WM. KINGSLAND (M. S. T.)

Traducido del Inglés con autorización del autor, por NEMO

«Sino que hablamos sabiduria de Dios en misterio, la que está encubierta.»
Pablo (1.ª II. 7. Corintios).

Clama ser la Teosofía la verdad existente bajo la forma *exotérica* ó popular de todas las religiones; y pretende esto en virtud de ser una presentación ó manifestación de un muy antiguo sistema conocido como la *Doctrina Secreta*, ó la antigua *Sabiduria Religión*. Jamás ha carecido el mundo de *Iniciados*, que han conservado la sabiduría *esotérica*, que tantas y tan numerosas formas *exotéricas* ha asumido en todos los tiempos. Como quiera que sea, esta sabiduría *esotérica* ha sido siempre guardada con el mayor cuidado y conservada en profundo secreto, por razones que se han dado ya de un modo completo en otros lugares.

No necesito citar aquí, como ejemplos, más que la advertencia de Jesús á sus discípulos, referente á no echar margaritas á los puercos; y la aserción de S. Pablo (1. Cor. III. 2.) de que él era quien alimentaba á sus conversos con leche y no todavía con vianda. La «Sabiduria de Dios en misterio» ha sido reservada, como S. Pablo dice, (1. Cor. II. 6) para los perfectos ó los plenamente desarrollados, para los que han llegado á la completa virilidad *espiritual*; algo que es por completo distinto y que nada tiene que ver con la virilidad física ó intelectual.

El punto particular hacia el cual deseo dirigir vuestra atención, y que es fundamental su mención antes de que podamos establecer cualquier relación entre la Teosofía y la Doctrina Cristiana, es este: que en la naturaleza de las cosas, en la naturaleza de la historia, del progreso y desarrollo humanos, en la naturaleza de la capacidad del hombre para desenvolverse, y para lograr la espansión de su mente y conciencia limitadas y relativas, en la naturaleza del Universo mismo, existen y deben existir un aspecto interno y otro externo, esotérico y exotérico: una forma exterior, y una significación interna; una expresión aparente, temporal, finita y mutable, y un principio interno, íntimo é invariable. Si existe una *realidad*, sea cual

fuere, que exista bajo aquello á lo cual damos el nombre de *fenómeno*, el mundo objetivo y mutable del sentido y de la forma, aquella realidad debe constituir un *misterio* interno, que es *misterio* únicamente en razón de nuestra ineptitud para sentirlo y conocerlo, gracias á la limitación de nuestras facultades. Y si existe alguna *realidad*, en aquel desarrollo, desenvolvimiento ó evolución, que constituye el factor más proeminente en nuestra experiencia, aquella realidad consiste en entrar nosotros en relaciones cada vez más íntimas y *conscientes*, con este principio interno que existe en el fondo del fenómeno; consiste en la aprensión del noumeno; en librarnos de una vez de la ilusión temporal de la *forma* de aquella esclavitud de los sentidos que causa en nosotros la adherencia á la forma, adherencia á lo impermanente y temporal, siempre que se pierden de vista á lo eterno y á lo permanente; consiste, en último resultado, en el desarrollo de aquella facultad que reconoce á la unidad en la diversidad; ó para decirlo en una sola palabra, consiste en la *espiritualidad*.

En lenguaje teosófico esta facultad reside en el quinto principio, ó *Manas*, en el Ego espiritual inmortal (Véase el diagrama). Pero dejando á un lado las doctrinas teosóficas específicas, veamos en que relación está este principio que hemos sentado, acerca de la existencia de una realidad interna y espiritual, y de una expresión exterior de *forma*, y de una evolución ó expansión de la conciencia humana de lo particular á lo universal, con el asunto del cual nos estamos ocupando.

Bien sabido es que lo que pretende la Iglesia, desde los tiempos á los que alcanzan sus más primitivas tradiciones hasta nuestros días, en favor del Cristianismo, ha sido la existencia de una revelación divina y especial de un dios personal. Empezando con el primer capítulo del Génesis, y terminando con el versículo postrero de la Revelación, se nos dice que creamos que la colección de antiguos escritos conocidos como la Biblia, ha sido preparada especialmente é inspirada por este dios personal, como muestra de sus relaciones con, y de su voluntad hacia, las criaturas que originalmente creó. Creo que esto puede ser aceptado como la base fundamental de la doctrina Cristiana, y como el centro en torno del cual giran todas las enseñanzas de la Iglesia, sean Protestantes, sean Católicas, y del cual no pueden separarse sin quebrantar y destruir todo cuanto ha sido conocido históricamente como *Cristianismo*. Digo yo que en esto, específicamente, consisten las pretensiones de la *Iglesia*, porque es un hecho que en general no se tiene en cuenta, y que, á la verdad, ignoran la mayor parte de los Cristianos que profesan serlo, que lo que es conocido como Cristianismo, en su forma doctrinal, en sus tradiciones y en lo referente á la selección y compilación del material que constituye la Biblia, es todo puramente eclesiástico. La Biblia en su forma presente, las creencias y los ritos y ceremonias que constituyen hoy la suma total de lo que se conoce históricamente como Cristianismo, fueron compilados por las autoridades de la

Iglesia primitiva, de fuentes diversas. Esto, como quiera que sea, es una cuestión de datos literarios y de fechas históricas, en las cuales no puedo yo entrar ahora; pero deseo que se tenga presente que, al hablar de Cristianismo y de doctrina Cristiana, me ocupo ahora de sus formas eclesiásticas é históricas, y no de la personalidad ó de las enseñanzas de su supuesto fundador.

Tenemos, pues, esta idea fundamental del Cristianismo, como una revelación de la relación personal entre un dios creador, y las criaturas por él creadas; y sobre esta base hállase construida la superestructura doctrinal con la que, y con cuyas muchas variaciones y modificaciones, nos hallamos todos familiarizados.

Ahora bien: la cuestión que se nos presenta en conexión con el principio de expansión de la humana mente, y que ya he mencionado, es simplemente esta: ¿existe lugar dentro de los límites de la doctrina Cristiana, dentro de aquel sistema conocido como Cristianismo, para esta natural evolución y para esta expansión? ¿Nos da el Cristianismo, como pretende hacerlo, todo cuanto es necesario al hombre para conocer su naturaleza espiritual y su destino? Aun podemos sintetizar más la cuestión y, limitándonos á la idea radical, preguntar si las relaciones del hombre con un creador personal tal como el que el Cristianismo postula, es una fase permanente, ó sólo una fase temporal en la evolución de la mente y conciencia humanas.

Permítasenos indicar aquí el gran error en que caen todos los fieles y sectarios de las religiones con respecto á lo que ellos llaman la *verdad* de sus doctrinas propias y particulares. Una doctrina es sencillamente una afirmación formulada de un principio; y desde el momento en que la humana mente es sólo capaz de trabar relación con lo que es *relativo*, sólo capaz de formular principios relativos á su conciencia limitada y finita; y desde el momento en que cada mente difiere en algun grado de las demás en lo referente á sus poderes de observación y de intuición; aquello á lo cual se llama la *verdad* de una doctrina es un término meramente para su *relatividad*, en cuanto á la relación en que se halla con la mente individual, en un cierto período de su experiencia ó evolución. La uniformidad de doctrinas y de creencia, no es posible más que en un mundo en el cual todos los individuos se hallen en el mismo nivel ó punto de evolución y en el cual todos progresen ó todos retrocedan á un mismo tiempo.

El error cometido por el individuo, la secta, ó la Iglesia (y los Teosofistas necesitan que se les advierta acerca de esto tanto como los otros), estriba en suponer que lo que para ellos es cierto, ó verdadero según su propia experiencia, debe ser tambien verdadero para todo el resto de la humanidad. Es esta tendencia constante á individualizar y á restringir, lo que da origen al dogmatismo, odios, fanatismo, y á todos los sentimientos anticaritativos de las religiones sectarias.

¿Pero, á alguno puedo oirle decir, si la *verdad* es así meramente relati-

va, ¿qué prueba ó seguridad tenemos acerca de nada? Ninguna, sea la que fuere, contesto yo, salvo la seguridad de vuestro propio juicio, y de vuestra propia mente y conciencia. No os engañéis á vosotros mismos en esta materia, si teneis en algo á vuestra salvación eterna, si deseais escapar de la ilusión fatal de la relatividad, para entrar en la región de la verdad eterna. Aquellos que convierten á este hecho de la ignorancia del hombre en la base de las doctrinas de la revelación y de la infalibilidad, son reos de decepción y de sofisma. El hombre que afirma su creencia en un libro infalible ó en una iglesia infalible, ejerce su propio juicio individual, lo mismo que aquel que hace uso de su derecho para poner á los dos en tela de juicio. La prueba final en cada caso es la prueba de la experiencia individual.

Pero, si bien todo cuanto llamamos *verdad* es relativo, existe una prueba, un principio, que no puede ser ignorado, y que siempre tiene que ser decisivo en lo referente al valor de la verdad, y que debe dar lugar á la decisión entre la verdad y el error. Este principio puede ser definido como el de *universalidad.* Durante tan largo tiempo como confinamos nuestra atención á una clase determinada de fenómenos, á un área limitada de experiencia, todo cuanto es postulado como teoría ó como doctrina puede ser cierto en relación á aquello de lo que nos ocupamos. Pero cuando otros fenómenos ó experiencias distintas entran como nuevos factores, debemos, sino armonizan con nuestras conclusiones previas, extender nuestros conceptos y nuestras doctrinas de modo que incluyan al área nueva. La prueba de la verdad es, por lo tanto, su *universalidad;* debe armonizar á todos los fenómenos conocidos, y á cada uno de los factores que entran en la humana experiencia; y si encontramos una colección cualquiera de doctrinas que se refieren sólo á una porción limitada, y que son inaplicables al resto, tenemos que desecharlas y buscar principios más anchos y más profundos. Ideas que son en absoluto absurdas para aquellos que poseen un horizonte muy vasto de experiencia, son con frecuencia «verdades evangélicas» para inteligencias de menor desarrollo. La distinción entre un perfecto salvaje y el miembro de una colectividad civilizada, es muy marcada bajo este punto de vista, pero ¿en dónde tenemos que trazar una línea, en dónde fijar un límite, en dónde encontrar al individuo que permanece en la cima del humano progreso? *Podemos nosotros únicamente trazar la linea allí en donde cesa la posibilidad de ulterior experiencia.* Y desde el momento en que el hombre es finito, é infinito el universo, también la posibilidad es infinita. Las ideas del filósofo más avanzado de nuestros tiempos serán miradas un día del mismo modo que consideramos nosotros hoy á las ideas primitivas del salvaje. Y si esto es no sólo meramente posible, sino que es inevitable, á medida que la humana raza avanza; ¿porqué no han de poder existir aquellos que han alcanzado ya aquel punto tan estremo de desarrollo, y que se encuentran ya tan lejos del sabio moderno ó

del filósofo, como se halla este último del salvaje?

En este universo vasto, que aparece á manera de un amplio campo de conciencia, individualizada en manifestaciones innumerables en grados diversos, y siempre en actividad creciente, no podemos concebir solución ninguna de continuidad en el círculo que va ensanchándose cada vez más. El axioma fundamental de la Unidad del Universo nos prohibe el concebir parte ó porción ninguna de cualquiera manifestación ó individualización que no participe, en grado y en especie, de la conciencia universal. No existe ni un solo átomo de la materia llamada *muerta*, ni una sola célula ú organismo, por diminuto ó rudimentario que sea, que carezca de este principio universal de *conciencia*, que es la base de toda manifestación, de todo fenómeno y de toda sensación. Con toda seguridad, fué esta idea la que inspiró á nuestro poeta Tennyson á escribir:

«Oh flor en el muro agrietado,
Yo te arranco de entre las grietas;
Quédate en donde estás, arraiga si quieres en mi mano,
Pequeña flor; pero si yo pudiese comprender
Lo que tú eres, cual es tu origen, y el de todo en el todo,
Conocería yo lo que Dios y el hombre son.»

Y como podemos seguir las huellas de este principio en todos los planos de la evolución, en las esferas de conciencia que cada vez se ensanchan más hasta llegar al hombre, nos vemos obligados á mantenernos unidos al proceso y á concebir inteligencias individuales de un carácter más elevado, más grande y más noble, hasta que la entera serie queda sintetizada en aquella conciencia absoluta del todo, á la cual podemos postular y llamar Dios ú otro nombre, pero acerca de lo cual no podemos formarnos concepto alguno, y por lo tanto, tampoco formular doctrina ninguna.

Y esto no es solamente cierto bajo el punto de vista de una especulación de la mente, que ha sido expresada en todas épocas en las concepciones varias de seres superiores, Dioses, Angeles y Arcángeles, Dhyan Chohans, etc.; sino que se afirma como un hecho actual, el que existen aquellos seres humanos sin el menor elemento de supernaturalismo ó de superstición acerca de ellos, que permanecen hoy en un plano al cual no llegarán la mayoría de los hombres más que dentro de millares de años ó quizás de millones de los mismos. ¿Y porqué no ha de ser cierto? pregunto de nuevo; ¿en dónde hay que trazar la línea límite para la probabilidad de progresos humanos ulteriores? Si es tan grande el abismo que media hoy entre el salvaje y el filósofo, ¿porqué no puede ser tan grande tambien el que existe entre el filósofo y el adepto? La existencia de estos Maestros de Sabiduría es un hecho de cuya evidencia pueden por sí mismos convencerse todos aquellos á quienes no dominan las preocupaciones hasta el punto de no permitirles la investigación y el formar un juicio exacto.

Y ahora, observemos en conexión con esta relatividad de doctrina en relación con las experiencias del individuo, su aplicación á lo que ha sido llamada *verdad revelada,* como distinto de lo que constituyen los descubrimientos humanos. No existe posibilidad ninguna de revelación más que en conexión con la naturaleza relativa y capacidades de la mente individual; «Aun tengo que deciros muchas cosas; mas no lo podeis llevar ahora» (Juan XVI· 12).

La revelación se ocupa necesariamente de aquello que es subjetivo, de aquello que se supone que está fuera del alcance de la experiencia ú observación actuales; y aquí justamente tenemos la pretensión especial del Cristianismo, de que proporciona conocimientos que, dada la naturaleza de las cosas, no hubiera podido el hombre encontrar por sí mismo. En el dogma cristiano, la Biblia no es nada si no es sobrehumana.

Pero la cuestión es en realidad, ¿qué es lo sobrehumano? Mucho de lo que es hoy día familiar para el hombre vulgar civilizado, resulta sobrehumano para el salvage. Al tipo general del hombre del día, y aun al sabio más adelantado, y á este, probablemente más en razón de sus opiniones preconcebidas, los poderes del Adepto resultan sobrehumanos, y son por consiguiente negados. Mucho de lo que en tiempos ha sido negado como perteneciente á la categoría de lo *sobrenatural*, ahora se admite, por haber entrado en los dominios de lo natural. La ciencia negó los hechos del Mesmerismo, pero en la actualidad se ve obligada á reconocerlos. Niega los hechos del espiritismo, y no querrá investigarlos porque de antemano ha sentado que los fenómenos son imposibles. Dice el Profesor Tyndall; «Existen hombres de ciencia que venderían todo cuanto tienen y lo darían á los pobres, por un vislumbre de fenómenos que no son más que pequeñeces para el espiritista.» Y sin embargo, no emprenderá él investigaciones á pesar de que uno de los hombres de ciencia más eminentes de nuestros tiempos, el profesor Crookes, ha publicado investigaciones científicas de las que ha brotado algo más que un simple vislumbre. Por otra parte, el profesor Huxley contradice virtualmente al profesor Tyndall cuando dice: «suponiendo que los fenómenos sean genuinos, no me interesan.» Y así es que tampoco querrá investigarlos. Estos hombres han acostumbrado sus inteligencias á la idea de que no puede existir nada ni sobrenatural ni sobrehumano, y definen ellos á estos últimos, como cosas que permanecen fuera del alcance de sus propias experiencias particulares.

El Cristiano comete exactamente el mismo error en el sentido opuesto. El ha sugestionado á su propia mente con la idea de que su Biblia es sobrehumana y revelada, y no sólo esto, sino que no existe ningún otro libro en el mundo acerca del cual pueda pretenderse una cosa semejante, ó que en manera alguna pueda ser comparado con dicho libro; y partiendo de esto como de un primer principio, se ve él obligado á desechar á todos los otros documentos, religiones y experiencias como falsos y dañinos.

Antes de que podamos decidirnos, pues, en cuanto á la autoridad de la Biblia, como un supuesto documento sobrehumano, debemos ante todo decidirnos en lo referente á los límites de lo humano en cuanto á la línea de demarcación entre lo humano y sobrehumano, entre lo natural y lo sobrenatural. Y si no existe una línea semejante, ó más bien, si la línea es relativa y no absoluta, si la posibilidad del desenvolvimiento humano es infinita, como, despues de todo, la razón y la analogía nos conducen por completo á deducir; si además de esto poseemos la evidencia directa de que existen, y de que siempre han existido, aquellos que están tan por encima de la raza, que permanecen en una posición en general asignada á lo sobrehumano; nos hemos ofrecido á nosotros mismos y de una vez, una solución racional de las dificultades existentes en conexión con las escrituras Bíblicas. Demos una ojeada á unas pocas de estas dificultades antes de presentar de un modo más específico la solución que la Teosofía ofrece.

A estas dificultades podemos dividirlas en dos clases; 1.ª, historia literaria y crítica; 2.ª, doctrinal; ó para decirlo en pocas palabras: aquellas que se refieren á los hechos, y aquellas que se refieren á la doctrina. Es necesario hacer esta distinción, porque en materia de controversia los hechos son con mucha frecuencia confundidos con la doctrina. Los hechos de la Biblia y las doctrinas en ellos fundadas, son dos cosas por completo distintas. Un hecho tiene que existir bajo una doctrina, es la base en la que la doctrina se apoya, y si se encuentra que el hecho supuesto es falso, la doctrina debe necesariamente ser también falsa. En muchos casos sucede lo contrario, y se hace descansar al hecho sobre la doctrina, como en los ejemplos que he aducido referentes á la actitud mental respectiva del sabio y del sectario religioso.

La posición asumida por cada uno de estos es que si los hechos y la doctrina no harmonizan, tanto peor para los hechos. Debemos observar, sin embargo, que durante tan largo tiempo como el hecho es admitido, ó supuesto, ó permanece como un principio primordial, la doctrina puede ser relativamente cierta con respecto á aquel hecho, aunque sea falsa en absoluto. Por otra parte, un hecho puede ser admitido, pero las conclusiones deducidas de aquel hecho ser por completo distintas.

Ahora bien, tenemos en la Biblia una exposición de hechos que á primera vista parecen ser históricos; ¿en qué nos tenemos que fundar para decidirnos en lo referente á la verdad de las afirmaciones existentes en la misma como afirmaciones de hechos? El argumento comun es que la Biblia es verdadera porque es la Palabra inspirada de Dios, pero esto es poner la doctrina antes que el hecho; y como una gran parte de los hechos son evidentemente falsos como á tales, la doctrina de la inspiración se convierte en muy difícil de aceptar. Los modernos apologistas tratan de encontrar una especie de término medio entre la antigua doctrina de la inspiración literal, y la idea de que la Biblia es puramente humana en su ori-

gen. Esto, como quiera que sea, no es más que una de aquellas concesiones arrancadas á la fuerza, por medio de las cuales se encuentra la Iglesia arrastrada á remolque del pensamiento que se lanza adelante y al cual ella trata en vano de detener y retardar.

Tenemos, pues, en primer lugar el hecho de la existencia de la Biblia, y en segundo, la doctrina de la Iglesia en lo referente á su origen é inspiración. Con respecto á lo primero, tenemos ciertas afirmaciones existentes en la Biblia con respecto á hechos supuestos en la historia, y en cuanto á la segunda, las doctrinas de la Iglesia edificadas encima de estas afirmaciones.

No es mi objeto el entrar ahora en controversia acerca de estas materias. Lo que deseo es sentar la cuestión de modo que podamos ver claramente en qué ofrece la Teosofía una solución á las dificultades que abruman al estudiante celoso, y en especial á aquellos que tratan de librarse por sí mismos de los conceptos miserables é inconsistentes de la ortodoxia cristiana. La Teosofía tiene mucho que ofrecer á estos investigadores; una gran responsabilidad recae sobre los Teosofistas en lo referente á la revolución al través de la cual tantas inteligencias están pasando, en conexión con los elementos de la fé en la cual han sido educados. Existe por parte de aquellos que han pasado por este estado y que han alcanzado la libertad, una tendencia, que temo sea exagerada, á mirar con cierto desprecio á aquellos que son todavía incapaces de entrar en aquella libertad. Existe un desprecio procedente de la inteligencia, así como existe el que tiene por origen las riquezas; un aire propio del que de repente se ha enriquecido, tanto en un caso como en el otro. Es muy necesario que tengamos presentes las advertencias de S. Pablo respecto á la manera de conducirnos con nuestros hermanos más débiles, con aquellos que no se han libertado todavía de la esclavitud de las formas y de las ceremonias, de la costumbre, preocupaciones, de la educación é influencias primeras. Al paso que guardamos celosamente nuestra propia libertad, al paso que denunciamos enérgicamente á aquellos sistemas que son responsables de la esclavitud moral é intelectual de tantos de nuestros semejantes, aquellos sistemas que se aprovechan de las ventajas que concede la ignorancia con objeto de esclavizar por medio del miedo religioso; procedamos con mucho cuidado, no sea que hagamos tropezar á nuestros hermanos más débiles. Existe en boga en algunos puntos un ateismo flagrante y escandaloso que se complace en poner en ridículo las formas groseras, cosas que son sagradas para muchas mentes. No creo yo que ningún Teosofista simpatice con ello. Pero existen tambien hoy día, centenares y millares de personas que están poniendo en tela de juicio la base de la fé cristiana, y que al través de una lucha mortal, tratan de alcanzar con sus esfuerzos aquel *algo* que perciben confusamente y que existe mas allá de las enseñanzas de la Iglesia.

El éxito de *Robert Elsmere* se ha debido á la fidelidad con que ha re-

tratado el autor este estado de duda y de vacilación al través del cual muchos están pasando. Algunos de nosotros han pasado al través del mismo en una forma más ó menos aguda durante esta encarnación; otros no lo han experimentado ahora, habiendo pasado por él antes; pero con toda seguridad en algún tiempo ó en otro, todos deben combatir y vencer la ilusión particular que esclaviza al hombre á alguna forma especial de religión, que constituye en su fase inferior aquel dogmatismo eclesiástico, hipócrita é intolerante, relacionado de un modo tan indisoluble con la historia del Cristianismo. Nuestro objeto es ayudar á aquellos que luchan por la luz, y la mejor manera como podemos hacerlo, no es por cierto ridiculizando y denunciando fieramente aquellas doctrinas en las que ellos hasta la fecha han creido, sino demostrando su naturaleza *relativa* é interpretándolas con arreglo á principios más profundos.

Asi es que nos ocuparemos, una por una, de las dificultades que se levantan en las inteligencias de aquellos que primero sospechan, y que finalmente deducen, que la doctrina cristiana no puede ser verdadera, ni en el sentido literal ni en el histórico; haremos ver que todas estas doctrinas poseen una base que existe en principios profundos é inherentes á la humana naturaleza, y una vez rota y arrojada la cáscara, se encontrará la almendra. La cáscara es el resultado del pecado y de la ignorancia humanos; es la incrustación de la materia y forma, lo cual es inevitable cuando lo espiritual ha descendido á lo material. El Verbo debe manifestarse en la Carne, de otra manera no es percibido por los hombres; pero la Carne no es jamás el Verbo, no es jamás la realidad, á pesar de que los hombres, en su ignorancia, no logren distinguir, y de que la Iglesia haya perpetuado el error, y materializado al Verbo en formas cada vez más groseras; de modo que ahora, cuando los hombres claman á gritos por el pan de vida espiritual, nada tiene que ofrecerles más que una piedra.

La Iglesia no nos concede más alternativa que aceptar ó desechar sus dogmas. No existe en sus enseñanzas ninguna significación interna ó espiritual, aparte de su aceptación literal. No existe en la Iglesia ningún Cristianismo Esotérico, debemos irle á buscar á otra parte; y es la Teosofía la que ahora lo proclama.

Así es que, tomando en consideración esta dificultad primera y principal en lo referente al origen y naturaleza de la Biblia, no negamos nosotros que sea una revelación, lo aseguramos; afirmamos que es una inspiración; que es, si Vdes. quieren, *sobrehumana*, y mucho más desde el momento en que procede de aquellos que en virtud de su posición y sabiduría, serían en general considerados como seres sobrehumanos. Pero la Biblia, tal como hoy día la tenemos, no es la Biblia original. Ha pasado por muchas manos y al través de muchas traducciones, y el proceso es inevitablemente un proceso de deterioración. Las faltas, los errores y las discrepancias son humanas, son el resultado de intervenciones ignorantes. La verdad que

existe bajo las mismas es divina, puesto que se relaciona con verdades eternas.

¿Cómo nos hemos de conducir para distinguir la verdad y cómo podemos llegar á estas verdades? Aceptando hechos, conocimientos, revelación, de cada una de las otras fuentes que se hallan á nuestro alcance, é interpretando la Biblia por medio de estos hechos, y no los hechos por medio de la Biblia. Si suponemos nosotros ignorante y supersticiosamente que la totalidad de la revelación se halla contenida entre las cubiertas de la Biblia, y rehusamos conceder crédito, como ha hecho la Iglesia durante siglos, á nada de lo que aparezca en conflicto con las Escrituras, jamás llegaremos á la verdad. Todo lo que la historia, todo lo que la ciencia, todo lo que el simbolismo y la mitología pueden enseñarnos, debe ser aplicado á corregir y á interpretar la escritura.

Y aquí tenemos que dar noticia de otro hecho. La Biblia, tal como la poseemos en la actualidad, es una colección formada por un cierto número de escritos fragmentarios, escogidos de entre muchos más de un caracter similar. No existe razón ninguna para considerar como de mayor valor é inspiración á los que han sido escogidos que á los que han sido desechados. No solamente es esto así, sino que además tenemos en otros lenguajes y viniendo á nosotros de naciones que anteceden á la raza Judia, escritos similares que se ocupan de la creación del mundo y de la relación del hombre al universo, de una manera por completo distinta, aunque históricamente, según todas las apariencias.

Ahora bien, no todas estas relaciones pueden ser ciertas; á primera vista se ve que son por completo distintas las unas de las otras. Ó bien la Biblia es una verdad como historia (me refiero ahora á la relación del *Génesis)*, y las otras falsas, ó la Biblia es falsa y las otras verídicas; ó existe una tercera alternativa, que consiste en decir que todas ellas son alegóricas. Hasta un cierto punto pueden los hombres sentirse satisfechos con aceptar uno ú otro de estos documentos como históricamente verdaderos. Son infinitos los que hoy día aceptan literalmente la narración del *Génesis*. Pero si rechazamos estos escritos como historia, ¿cómo nos hemos de conducir con respecto á ellos? ¿Deberemos arrojarlos á un lado como fábulas indignas pertenecientes á una época primitiva é ignorante? La contestación es: ¡No! Debemos llamar en nuestro ausilio el resultado de las investigaciones literarias acerca de las antiguas civilizaciones, costumbres, religiones y simbolismos, y por medio de una comparación cuidadosa pronto descubriremos la clave que necesitamos; puesto que existe hoy día una gran masa de investigaciones y de literatura á disposición de los que desean realmente llegar á la verdad.

Y en cuanto hayamos hecho esto, nos encontraremos con que la colección de escritos conocidos como la *Biblia,* constituyen uno tan sólo de los sistemas, derivados de, y fundados todos ellos, en un sistema unificador,

conocido como la *Antigua Sabiduría-Religión ó Doctrina Secreta.* Nos encontraremos con que estas enseñanzas eran siempre simbólicas y mitológicas; que han sido llevadas de tiempo en tiempo y de época en época en una forma apropiada para la nación particular ó época para las cuales fueron escritas, y que en general estaban fundadas en alguna narración histórica actual que les concedía un colorido de verdad literaria. Así como en nuestra infancia pedimos cuentos de hadas, del mismo modo, durante la niñez espiritual de un hombre, de una nación ó de una raza, existen muchas cosas que exigen la forma de la alegoría. Pero estas alegorías no son más la invención del hombre primitivo, de lo que lo son los cuentos de hadas con respecto á los niños para los que se escriben. Estas alegorias son debidas á la gerarquía divina de los *Iniciados*, por ser el único medio posible para presentar verdades que no podían ser asimiladas bajo otra forma.

Y la manera de conducirse los Iniciados primitivos, de quienes han procedido todas estas escrituras sagradas, ha sido repetida por todos los grandes maestros de los que conservamos recuerdos históricos, Confucio y Buddha; Moisés, Jesús y Pablo; todos y cada uno de ellos han enseñado en harmonía con la capacidad de sus oyentes: velando la verdad profunda y espiritual en una forma que era comprensible para el pueblo al que se dirigían. Y sin embargo, todos ellos han indicado bien claramente que existía una verdad espiritual oculta bajo la forma en la cual ellos enseñaban; todos ellos han tenido su doctrina *esotérica*, y sus discípulos iniciados.

Y esta doctrina esotérica es la misma en todo el mundo, y ha sido también la misma en todas épocas; porque es la verdad espiritual en cuanto á la relación del hombre al universo, el misterio espiritual de su vida y de su conciencia, y puede únicamente ser discernido y comprendido por aquellos que se han levantado por encima de las ilusiones del tiempo y de los sentidos, de la materia y de la forma. Espliquen aquellos que niegan la existencia de esta verdad esotérica, lo que pretende decir S. Pablo cuando dice á los Coríntios: «Y yo, hermanos, no os puedo hablar como á espirituales, sino como á carnales, como á párvulos en Cristo. Leche os dí á beber, no vianda; porque entonces no podíais, y ni aun ahora podeis, porque todavía sois carnales,» (I. Cor. III, 1. 2.)

Y es justamente esta verdad *esotérica*, esta significación espiritual interna de los grandes maestros del mundo, y las enseñanzas que ellos nos han dado, lo que la Teosofía ofrece. No en manera alguna la totalidad de la misma, porque siempre tienen que quedar misterios dentro del misterio, hasta el triunfo final, pero con toda seguridad lo suficiente de ella para indicar el camino á aquellos que luchan por adquirir conocimientos más profundos y por obtener una luz más pura.

Y la prueba de que la clave que la Teosofía ofrece es la verdadera, es su universalidad. La prueba se apoya en el hecho, que cada uno debe verificar por sí mismo, de que unifica las escrituras y las enseñanzas, que, con-

sideradas únicamente en su forma esterior, aparecen como contradictorias y destruyéndose unas á otras.

Jamás se podrá llamar la atención sobre este punto con un esceso de energía; siempre ha sido la letra la que ha matado, pero el espíritu es quien da la vida. Nada habremos aprendido acerca de nuestra vida individual, ó del universo que en torno de nosotros existe, hasta que hayamos aprendido á reconocer la unidad existente, hasta que hayamos aprendido á separar el principio espiritual que existe debajo de cualquiera de las meras formas de doctrina, de cualquiera de las meras combinaciones de letras que constituyen el nombre de la deidad, de cualquiera de las escrituras particulares, ó formas convencionales de culto. ¿Cuántos son de entre los muchos que profesan ser Cristianos, que pueden concebir á la deidad, (empleando la palabra en el sentido de la última base espiritual del universo manifestado), aparte del nombre convencional de *Jehovah* para un dios personal? Miran ellos con un horror piadoso, si no es con desprecio, á los «paganos» cuya concepción de la deidad es espresada por medio de otra combinación de letras. El sugerirles el nombre de *Brahmâ*, es evocar en sus mentes vagas nociones de culto idólatra, estrañas figuras de dioses Indios y un culto misterioso y supersticioso. Ellos envían misioneros para convertir á estos «ignorantes paganos» de un culto á Brahmâ á un culto á Jehovah, y bien pronto se encuentran los misioneros con que lejos de ser ignorantes los Brahmines, son para ellos unos adversarios formidables en todos sentidos. Como quiera que sea, ellos envian á sus casas unos pocos ejemplares de Brahmâs de cuatro cabezas y de otros «ídolos», los cuales sirven para mantener vivos la compasión y el desprecio, y tambien las suscripciones. Y sin embargo, despues de todo, Brahmâ y Jehovah son esencialmente idénticos! Aun exotéricamente, en la forma meramente externa, son tambien idénticos, Jehovah como el tetragramatón ó palabra de «cuatro letras», I. H. V. H.; Brahmâ, como el dios de cuatro cabezas. Para comprender esto en su más profunda significación, hay que comprender la relación que existe entre la triada y el cuaternario (véase el diagrama pág. 197) como símbolos respectivamente de lo espiritual y de lo material, de lo eterno y de lo temporal, de lo subjetivo y de lo objetivo. El Brahmin os lo explicará, el Cristiano en general lo negará por completo.

¡Ah, ilusión de formas y de fórmulas! ¿cómo enseñaremos nosotros á los hombres á escapar de las mismas? ¿Cómo combatiremos á aquella enfermedad fatal que es causa de toda la crueldad, intolerancia é hipocresía que han permanecido siempre asociadas con el nombre de religión? Sólo existe un medio para lograrlo, el descubrir el principio unificador, la base sobre la cual todas las religiones se apoyan, y de la cual todas han procedido. Y para aquellos que no pueden entrar en las evidencias literarias y críticas de esta unidad, tenemos que presentar unos principios fácilmente comprensibles que les faciliten el apreciar su aspecto práctico y moral.

Y esto en nuestra Teosofía se logra por medio de las doctrinas de Karma y Reencarnación. Reencarnación y Karma no se aplican sólo á nuestras vidas individuales, son principios universales. En nuestras vidas individuales se reflejan, porque son principios universales; porque no existe nada en el hombre, el microcosmo, que no exista en el universo, el macrocosmo; ni nada hay en el universo que no exista en el hombre. Algunas veces se nos pide el que demostremos la verdad de Reencarnación y Karma en su aspecto individual, por medio de capítulo y versículo en la Biblia, pero aquellos que piden una prueba semejante son los que se hallan todavía sujetos á la esclavitud de la letra, y que menos probabilidades tienen de apoderarse del principio que bajo la misma existe. ¿Qué es lo que no puede ser probado ó negado á voluntad, por la mera citación de textos aislados de la Escritura? El que el « Diablo puede citar la escritura en propio provecho » se ha convertido en un proverbio. Y así, aunque existen muchos textos é incidentes aislados en favor de la evidencia de estas doctrinas, en lo que al individuo se refiere, como por ejemplo, la referencia á la reencarnación de Elías (Mateo XVII. 10); en la mística aplicación del principio en Juan (III. 3-15); y en la referencia á Karma operando cuando el nacimiento en el caso del ciego de nacimiento (Juan IX. 1-2). En este caso se hace decir á Jesús que la ceguera no era el resultado del pecado « ni este pecó ni sus padres », porque es evidente que el pecado que sería causa de que un hombre naciese ciego, podía unicamente haber sido cometido en una vida prévia; y el resto del capítulo, gira en torno de este incidente, con objeto de comunicar verdades espirituales más profundas que no perciben los que se limitan á leer la mera narración. La clave para el capítulo entero se halla contenida en los tres últimos versículos: « Y dijo Jesús: Yo vine á este mundo para juicio; para que vean los que no ven; y los que ven sean hechos ciegos. Y lo oyeron algunos de los Fariseos, que estaban con él, y le dijeron: ¿Pues qué, nosotros somos también ciegos? Jesús les dijo; si fueseis ciegos, no tendríais pecado; mas ahora porque decís, vemos, por eso permanece vuestro pecado ». Así es que en la narración, el hombre que nació ciego representa la ceguera espiritual, pero natural, de aquellos que en su evolución no han llegado todavía á aquel punto en el cual las « obras de Dios » se hacen manifiestas en ellos, gracias al principio Cristo que en su interior reside, y que es la « Luz del Mundo ». A esta natural ceguera, ningún pecado va unido, pero el pecado reside en aquellos que dicen: « Nosotros vemos », y sin embargo arrojan de la sinagoga á aquellos cuyos ojos han sido realmente abiertos por el divino maestro. ¿Y no existen acaso, hoy día, Fariseos semejantes?

El entero capítulo es una buena ilustración del método que preside en toda la Biblia « Las narraciones de la doctrina son sus vestiduras. Los simples miran las vestiduras tan sólo, ó sea, se fijan únicamente en la narración de la Doctrina; ellos no saben más. Los ilustrados, sin embargo,

no ven meramente las vestiduras, sino lo que éstas cubren ». Y es únicamente cuando os hayais hecho cargo de este principio, cuando hayais comprendido que el génio de la Biblia no reside en la narración, cuando podreis apreciar el valor del libro ó harmonizarlo con la ley natural y con aquellos factores que entran en las aspiraciones espirituales del hombre de todas épocas, y en cada una de las formas de religión. Y cuando os hayais puesto en estado de hacer esto, vereis como la entera relación del hombre con el universo, de la humanidad á la divinidad, que la Biblia descubre á todos aquellos que pueden prescindir de la letra muerta de la narración, se halla fundada en los principios de Reencarnación y Karma; en la Reencarnación, como el principio que está siempre operando en la manifestación de la *vida*, ó sea el cambio constante entre lo subjetivo y lo objetivo, la aparición alternada de la objetividad, y la constante desaparición en el seno de la subjetividad, conocidas por nosotros como nacimiento y muerte; en Karma, como el principio de la conservación de la energía, ó la correlación de fuerzas, operando entre lo subjetivo y lo objetivo, con aplicación al universo como un todo, y al hombre en todas sus relaciones físicas, psíquicas, mentales y espirituales. Puesto que, justamente, así como el entero universo objetivo viene á la existencia saliendo de la subjetividad, lo mismo sucede con nuestra vida individual. Nada de todo cuanto existe en el universo puede jamás cesar de Ser. Puede cambiar su forma ó desaparecer por completo de nuestro plano objetivo de fenómenos, pero es únicamente la *forma* lo que ha sido destruido, y la muerte es un nacimiento, así como el nacimiento es una muerte.

Procedamos á examinar ahora con más detalles la narración de la Biblia, y la clave que para su interpretación nos ofrece la Teosofía. No puedo detenerme para demostrar su aplicación al Libro del *Génesis* ó á otro de los escritos del Antiguo Testamento, sino que debo entrar á examinar doctrinas más específicas del Cristianismo, fundadas en el Nuevo Testamento; y haciéndolo así, haré observar la solución que la Teosofía ofrece en lo referente á la supuesta conexion entre el Antiguo y el Nuevo Testamentos en cuanto al cumplimiento de profecias.

Los escritos proféticos con referencia al Mesías y su supuesto cumplimiento en Jesucristo, constituyen una de las cuestiones más difíciles en conexión con la crítica bíblica, tanto como una de las doctrinas fundamentales en las que el Cristianismo se apoya. Si no existe, en lo que á esta cuestión se refiere, conexión ninguna entre el Antiguo Testamento y el Nuevo, el Cristianismo cae por su propio peso. La necesidad de la venida de un Mesías procede, según la doctrina Cristiana, de la « caida » del hombre; el Mesias estaba pre-ordenado, profetizado y esperado desde el momento de aquella caida.

Ahora bien, aquella caída es representada alegóricamente en el *Génesis*. No me dirijo ahora á aquellos que creen que la humanidad entera es

pecadora y que se halla degradada porque, hace unos seis mil años, Eva se comió una manzana. Para aquellos que se hallan agarrados de un modo tal á la letra, no hay posibilidad de ningún conocimiento espiritual posible porque la letra mata al espíritu. Pero la cuestión es: ¿existe en la historia de la evolución del hombre, en sus relaciones con el mundo espiritual, algo que sea equivalente á una « caída »? La Doctrina Esotérica contesta: sí; y explica esta caida en conexion con ciertas leyes cíclicas bien reconocidas, las de involución y de evolución. El hombre espiritual « cae » cada vez que se encarna en la vida física; porque todos convienen en que nuestro estado presente de existencia, además de ser sólo temporal, se halla sujeto á condiciones que son muy inferiores á las que corresponden á un estado espiritual. Y así tambien, Adam, representando genéricamente la entera humana raza, « cayó » de su estado de pureza original por haber comido el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. En otras palabras, para que pueda tener lugar la evolución, es menester que exista la involución. El hombre, como sér espiritual, puede únicamente llegar á ser consciente de sí mismo, por medio de la experiencia del « bien y del mal », lo cual equivale á decir, por medio del descenso á la materia y á la vida física, por medio del paso por aquellos planos inferiores de vida y conciencia cósmicas que constituyen el mundo fenomenal de manifestación, en donde cada una de las cosas se halla inseparablemente relacionada en nuestra conciencia con su opuesta; porque es este dualismo en todas las cosas, bien y mal, luz y tinieblas, vida y muerte, aquí y allí, entonces y ahora, lo que constituye la base de todos los fenómenos. Y así es que, cuando miramos debajo las meras palabras de la alegoría, nos encontramos con la más profunda significación filosófica, y con espacio suficiente para que la mente se extienda hacia aquellos profundos problemas de vida y de conciencia, que han ocupado á los pensadores más serios de todas épocas, y en los cuales permanece oculto el misterio de nuestra vida espiritual.

Pero, como el hombre ha caido, por lo mismo tiene que levantarse y su triunfo sobre el mal, ó satán, ó materia, puesto que los tres son sinónimos, es anunciado de antemano en el tipo del Mesías, y plenamente representado en el Nuevo Testamento por el Cristo que resucita. «Y así como en Adám mueren todos, así tambien serán todos vivificados en Cristo» (1. Corintios XV. 22). ¿Suponeis acaso que esto se refiere á la mera muerte física?

Se aplica sí, al plano inferior ó de conciencia física, pero «tal como es arriba, así es abajo», y así como existe una muerte física, existe tambien una muerte espiritual; son sinónimas una de otra, y tanto más cuanto cada misterio en los «cielos» es repetido en la «tierra»; aunque no coincidan.

El hombre espiritual debe «morir», de otra manera no podría tener lugar la resurrección de entre los muertos en un sentido espiritual; y desde el momento en que el hombre espiritual es inmortal y eterno, «muere» cada vez que se encarna en esta tierra, puesto que en verdad, este mundo

es la tumba del espíritu, en donde duerme inconsciente, ó recordando tan sólo confusa y obscuramente su vida más elevada y más noble.

Y lo que sucede con el indivíduo, sucede tambien con la raza. Así como Adám es el tipo, tambien Cristo lo es. Así como el Antiguo Testamento se ocupa de la historia del hombre cuando su «caida», pronosticando á intervalos su redención final bajo el tipo del Mesías, del mismo modo el Nuevo Testamento es el cumplimiento natural de aquella profecía, porque se ocupa de la naturaleza y condiciones de esta redención bajo el tipo de Jesucristo.

¿No es esto acaso una explicación natural y racional de la naturaleza de la profecía, y de la conexión existente entre el Antiguo Testamento y el Nuevo? Vereis enseguida como deja á un lado, como siendo de una importancia por completo secundaria, todas aquellas supuestas discrepancias entre las palabras actuales de una profecía y su cumplimiento literal en la narración histórica de Jesùs de Nazaret. Nosotros prescindimos del aspecto inferior de la cuestión, ignoramos todos aquellos puntos de controversia, acerca de los cuales una cantidad tan enorme de erudición y de sofismas se ha consumido, y derivamos nuestra inspiración de la significación profundamente filosófica y espiritual de la narración.

El antiguo Testamento contiene la relación de la «caida» del hombre, bajo la forma de una alegoría histórica, y bajo la misma se halla oculto el secreto de aquellos vastos ciclos cósmicos, por medio de los cuales el espíritu se manifiesta en la materia, y lo divino se convierte en humano.

Estos ciclos hállanse representados en los Libros Sagrados Orientales, como la expiración y la inspiración de Brahmâ. Hasta la misma filosofía moderna, que no es después de todo más que el eco de la Sabiduría Arcáica, ha sugerido la razón filosófica de la «caida». Segun Hegel jamás el «Inconsciente» habría emprendido la tarea vasta y laboriosa de desenvolver el Universo, más que con la esperanza de adquirir conciencia de sí mismo. Tal como es arriba, así es abajo; nuestra vida individual y sensible es el reflejo del principio macrocósmico.

Y así como en el Antiguo Testamento lo divino se convierte en humano, del mismo modo en el Nuevo Testamento lo humano se vuelve á convertir en divino. El Nuevo Testamento contiene bajo la forma de alegoria histórica las condiciones para la «redención» del hombre, ó sea para su vuelta á los planos espirituales de la existencia, habiendo adquirido aquella conciencia de sí mismo, y aquel conocimiento del bien y del mal «que constituyen el objeto de su encarnación.

La ley eterna de movimiento incesante que permanece á la raiz de la evolución cósmica, encuentra su reflexión tanto en lo grande como en lo pequeño; lo mismo en el más diminuto de los átomos que en el más glorioso de los soles; obra en la vida sensitiva del organismo más inferior hasta el hombre, al través de todas las divinas gerarquías hasta aquella suma to-

tal que carece de nombre con que expresarla.

Para todos aquellos que están familiarizados con las enseñanzas de la *Doctrina Secreta*, todo esto es fácilmente comprensible, pero para los que no se encuentran en un tal caso, debo llamar vuestra atención hacia un simbolismo que se encontrará ser aplicable á estos principios, sea cual-fuere la forma bajo la cual aparezcan, sea en la Bíblia, sea en cualquier otra escritura.

Considerando al hombre como dual en su naturaleza, ó sea espiritual y material, tenemos como símbolo del hombre espiritual una triada, representada geométricamente por el triángulo; y como símbolo del hombre material ó físico tenemos un cuaternario ó cuadrado. No puedo detenerme á esplicar porqué el hombre espiritual es una trinidad, y porqué el material es un cuaternario, pero el hecho de que así se encuentra representado en todos los sistemas, es muy significativo. Ahora bien: los tres y cuatro juntos hacen siete, ó sea los siete *Principios* del hombre, tal como la *Teosofia* los enseña.

7	Atma	*Espiritu*	El Hombre Inmortal y Espiritual
6	Buddhi	*Alma Espiritual*	ó
5	Manas	*Mente*	Ego Divino
4	Kama	*Alma Animal*	
3	Prana	*Vitalidad*	El Hombre Mortal y Físico
2	Astral	*Doble*	ó
1	Físico	*Cuerpo*	Personalidad Terrestre

Los tres principios más elevados constituyen el hombre inmortal, divino y espiritual, ó sea la individualidad, el *Ego Sum*. Los cuatro inferiores pertenecen á la personalidad temporal del hombre material y físico.

Cuando la muerte, los cuatro principios inferiores desaparecen ó se desintegran en sus elementos naturales en los cuatro planos á los que pertenecen, al paso que la conciencia que perteneció al hombre que fué, es absorbida por la triada superior. Cuando el nacimiento ó reencarnación, aquella es emanada de nuevo, y se reviste con los elementos de los cuatro planos inferiores, ó «materia», convirtiéndose otra vez en un sér humano con el propósito de pasar al través de un nuevo ciclo de experiencia. Así puede verse que en cada nacimiento en este mundo, ó en cada reencarnación, tiene lugar relativamente una «caida», aunque puede ser considerada en absoluto como un paso progresivo, en razón de la experiencia que se logra. Vemos, pues, á esta gran ley de movimiento cíclico, ó de expiración é inspiración, operando en el universo entero al través de cada forma de manifestación, tomando el aspecto de una ley de periodicidad, ó de subjetividad y objetividad alternadas; círculos menores operando dentro de otros mayo-

res, en magnitud siempre creciente hasta el infinito. Y así como el individuo humano en sus repetidas manifestaciones ó encarnaciones sigue esta ley, lo mismo hace la humanidad en masa en su evolución de conjunto sobre esta tierra durante *su* período de manifestación; y este descenso á la materia constituye la alegoría del *Libro del Génesis*, y es continuado bajo otros símbolos distintos en otros libros del Antiguo Testamento.

Pero el hombre tiene que conquistar luchando su camino de vuelta á su libertad original. Habiendo entrado en la «materia», tiene que batirse con ella y vencerla. La necesidad de reencarnación es condición ineludible por no haber cumplido todavía con el objeto para el cual se dió el impulso original á la encarnación.

Cuando aquel objeto se ha cumplido, el hombre se levanta á manera de un conquistador sobre la muerte, pues se ha puesto por encima de la necesidad del renacimiento como el *Christos* glorioso, el Adepto perfecto ó Iniciado pleno. «Entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Tragada ha sido la muerte en la victoria.» (Cor. I. XV. 54). Y es esta victoria, esta conquista y las condiciones bajo las cuales tiene que ser obtenida, lo que se encuentra expresado en el Nuevo Testamento.

Creo haber dicho lo suficiente para hacer ver la conexión existente entre el Antiguo Testamento y El Nuevo, y para dar una clave para su interpretación; puesto que es imposible el hacer más que dar la clave á aquellos cuyas mentes están abiertas á los misterios que existen bajo las palabras; y debo ocuparme ahora más especialmente de algunas doctrinas fundadas en el Nuevo Testamento.

Lo primero que es necesario hacer, es el saber á que atenerse con respecto á la dificultad histórica. Muchos son los que aceptarán un Adam alegórico como tipo de la humanidad, pero que no aceptarán un Cristo alegórico y típico. Pero el uno sin el otro, constituyen una imposibilidad, como se ve después de todo y bien claramente en los escritos de Pablo: «Por lo cual, así como trajimos la imagen del hombre terreno, llevaremos también la imagen del celestial.» (I. Cor. XV. 49). No existe medio de escojer ninguno, entre el carácter literal y personal, y el carácter histórico de los dos, y entre las doctrinas de la caida y redención tal como es enseñada por la Iglesia, y el carácter alegórico y típico tanto del uno como del otro. Permanecen relacionados de una manera indisoluble, y cualquier clave que se emplee para uno de ellos, debe usarse también para el otro.

Pero la dificultad no es tan grande como parece ser, y es susceptible de una solución muy sencilla. Así como en el Antiguo Testamento tenemos la historia de la raza judía, en la cual se halla astutamente entrelazado el hilo de la alegoría mística de la evolución del hombre, del mismo modo, en el Nuevo Testamento tenemos el Jesús histórico, entre cuya vida y enseñanzas se hallan entrelazadas las verdades místicas acerca de la naturaleza del hombre divino. No puede existir un *Cristo* histórico, más que un

Adam histórico; puesto que cada hombre es un Adam, y cada hombre se convertirá en un *Christos* ó «ungido» Pero tenemos un *Jesús* histórico, y cada cual está en libertad de creer lo que guste en lo referente á aquel carácter histórico, desde el momento en que era ya *Christos*, el hombre perfecto, el Iniciado.

Así es que podemos reconciliar de cualquier modo que nos parezca, valiéndonos de evidencias literarias y críticas, las dificultades que brotan de las narraciones evangélicas en lo referente á la personalidad de Jesús de Nazaret, sin tener que intervenir en lo más mínimo en la naturaleza divina y en el misterio del *Cristo*.

Bien pronto se verá como lo anterior quita la importancia á aquellas dificultades que á tantas controversias han dado lugar, durante siglos de enseñanzas eclesiásticas, y que duran todavía hoy. La «divinidad de Cristo» ha sido el gran dogma de la Iglesia, y al mismo tiempo la gran causa de tropiezo del pensamiento racional, sencillamente por ser la *máscara* tan completa, ó más bien, porque las autoridades de la Iglesia primitiva lograron de un modo tan completo destruir la clave, que no podía descubrirse la derivación de sus doctrinas de los Misterios Gnósticos y Egipcios, que el *Jesús* personal quedó identificado en absoluto con el *Cristo* típico.

Pero la verdad no puede permanecer ya oculta al mundo durante mucho tiempo. Las investigaciones literarias é históricas, y el simbolismo y la mitología comparada van descubriendo gradualmente el fraude que durante siglos se ha impuesto al mundo. La verdad pronto quedará demostrada de un modo claro é innegable, y al paso que el cristianismo eclesiástico podrá quedar como un resto de supersticiones, la verdad en lo referente á Cristo, resplandecerá á manera de luz espiritual sobre el misterio más profundo de la naturaleza del hombre.

La divinidad de Cristo es tan cierta como la humanidad de Adam. La una es el complemento de la otra. Si Cristo no era divino, entonces la humanidad no es divina; y para ella no hay salvación posible. Si la humanidad no es divina, entonces no puede haber existido ningún Cristo, y las aspiraciones espirituales de todos los hombres no son más que sueños é ilusiones.

La doctrina de la encarnación divina era enseñada en todos los Antiguos Misterios. En muchos otros sistemas, llamados *paganos*, tenemos la misma historia que vemos en los Evangelios, incidente por incidente, casi palabra por palabra. En el Egipcio, como Horus, el hijo de Osiris é Isis, tenemos el mismo Mesías típico en conexión con un mito solar ó astronómico. Lo mismo sucede con Krishna, el hijo de Vishnu y de Lakshmi, y en todo lo que á él se refiere tenemos una aproximación tan grande á la narración del Evangelio, que ha sido causa de la mayor confusión y ha conducido á los fraudes literarios más escandalosos, el tratar de considerar á las dos narraciones sin derivar la una de la otra. Pero todas estas dificul-

tades se desvanecen en el momento en que comprendemos la naturaleza real de la encarnación divina, y su conexión con la evolución natural y con las leyes universales.

Y obsérvese además, como es este el puente que cruza el abismo existente, hoy día, entre la ciencia y la religión. Se nos dice con frecuencia que no puede existir conflicto alguno entre la verdadera ciencia y la religión verdadera; sin embargo, nada es más notorio que el conflicto hoy existente entre los representantes de la una y los de la otra. La Iglesia ha sido siempre el más mortal enemigo de los descubrimientos científicos, y si hoy pudiese, lanzaría á la hoguera á los que los verifican, como lo hacía antiguamente. Pero con la idea de religión que nosotros presentamos, no puede tener lugar conflicto alguno, pues se funda en la relación del hombre al universo, y no en ningún dios antropomórfico. El materialista científico podrá poner en duda nuestras conclusiones, pero nada tenemos que decir nosotros en cuanto á los hechos que hace él brotar á la luz. Si su línea especial de investigaciones le ciega en lo referente á sus posibilidades espirituales más elevadas, tanto peor para él; pero siempre consideraremos como muy bien venido todo cuanto pueda enseñarnos en lo que á los métodos de trabajo de la naturaleza se refiera. Y lo mismo también en otros departamentos de investigación, todo cuanto sale á la luz es indudablemente en ventaja y en provecho nuestro. No existe el menor temor de que nuestros principios favoritos sean destruidos, ni de que aquello en lo que se fundan nuestras creencias quede reducido á polvo ante la corriente de conocimientos que avanza. Nosotros damos la bienvenida al saber en cualquiera de sus aspectos ó formas, porque la libertad reside en la sabiduría, y sólo con la ignorancia van la superstición, el miedo, la crueldad y la muerte.

Ocupémonos, por un momento, del símbolo de la cruz, acerca del cual se supone que es preeminentemente original del Cristianismo, y que sólo está asociado con la doctina Cristiana. Para nosotros es una cuestión de importancia secundaria el que el Jesús personal fuese ó no crucificado de la manera descrita; el que resucitase ó no resucitase, y el que apareciese ó no apareciese á sus discípulos. Las especulaciones, argumentos y las probabilidades ó improbabilidades físicas en pró ó en contra de este suceso, pueden ser dejadas á los que todavía permanecen agarrados á la idea de un *Cristo* personal y de carne. Suponiendo que el suceso tuvo lugar tal como se cuenta, la consecuencia no es en manera alguna que los dogmas construídos sobre el mismo sean verdaderos; pero el que sucediese ó no, en manera alguna tiene nada que ver con su significación espiritual. En esto, la iglesia no es más que un ciego conduciendo á otros ciegos.

Debemos nosotros ir más lejos y penetrar más profundamente, tenemos que estudiar el simbolismo, la mitología, la astronomía misma, antes de que podamos comprender la manera como el símbolo de la cruz llegó á ser

asociado al hombre espiritual, como el *Christos*. Al escojer y al editar los libros del Nuevo Testamento tal como los tenemos hoy día, tuvo buen cuidado la Iglesia de borrar todas las trazas que hubieran podido descubrir el origen real y la verdadera significación de este símbolo. Hizo más todavía. Las hordas de cristianos fanáticos buscaron y destruyeron bárbaramente todos cuantos antiguos manuscritos, esculturas, jeroglíficos y restos podían dar testimonio de su uso anterior á la era Cristiana. Algunos de los jeroglíficos, excavados en la dura piedra de los templos egipcios labrados en la roca, que no pudieron destruir, los cubieron con estuco, adoptando así las precauciones más exquisitas, inconscientemente, para conservar estos escritos en buen estado para nuestro uso. Pero en la actualidad las evidencias de que la cruz ha sido un símbolo universal en todos tiempos son en exceso numerosas para que puedan ser negadas. ¿Qué es lo que significa?

La cruz en su forma más sencilla, como +, es el símbolo del cuaternario ó cuadrado representando, como ya hemos visto, los cuatro planos inferiores de conciencia, ó más simplemente, la *materia*. Astronómicamente también, en conjunción con el círculo, como ⊕ es el símbolo para la tierra. Es también conocida como la «cruz mundana», y es expresada en varias formas en sistemas diferentes, como la «swastica» 卐, la «cruz ansata» ☥, la «tau» T, &. En nuestro plano de existencia, que es el de tres dimensiones, el cuadrado se convierte en el cubo, y el cubo desplegado manifiesta de nuevo la cruz. Las dos líneas, contadas separadamente nos dan 3 y 4, ó en conjunto 7; al paso que la adición de las señales de los 3 clavos, nos sugiere el triángulo, ó sea el hombre divino crucificado en la cruz de materia.

Podemos ver con esto, en harmonía con lo que ya se ha explicado, que cada encarnación del espíritu divino, sea individual ó colectiva, constituye necesariamente una crucifixión. El Cristo encarnado necesita ser crucificado. Es simplemente el resumen en un símbolo, en una alegoría, del entero misterio, la consumación en un emblema figurado, del entero drama de la existencia humana. Y como él necesita ser crucificado, debe por necesidad descender á la materia, y por lo tanto tiene que resucitar y reascender para reclamar su derecho de nacimiento espiritual. «Y si Cristo no resucitó, luego vana es nuestra predicación.....» (I. Cor. XV. 14).

Existen otras aplicaciones é interpretaciones de este símbolo, en esceso numerosas y complicadas para que nos ocupemos de ellas aquí. Cada uno de estos símbolos posee siete significaciones correspondientes á los siete planos de conciencia al través de los cuales el hombre pasa, ó en los cuales vive. En su significación inferior, la cruz es un símbolo puramente fisiológico, y como á tal ha sido identificado con el culto fálico.

La clave astronómica, la conexión de las doce tribus de Israel y de los doce apóstoles con los doce signos del zodíaco, y con el Mesías, en los varios sucesos y detalles característicos de su historia, y con el paso anual

del sol por estos doce signos, son asuntos llenos de interés y de significación. Habiendo algunos escritores descubierto esta clave astronómica en conexión con el Mesías, y su aplicación igual á otros caracteres místicos, y en particular á Osiris y á Horus en el sistema egipcio, han supuesto que este era la real fuente y origen del Mito Cristiano, y la única explicación que podía aplicársele. La *Doctrina Secreta,* como quiera que sea, aparta el velo de algunas de las otras interpretaciones de la clave para otra de las siete claves, y con ello lo levanta una vez más de lo físico y material á lo psíquico y espiritual.

El simbolismo del zodíaco era, y todavía es, uno de los más grandes secretos de los *Misterios*. Es el tipo de la gran ley, que operando universalmente en ciclos periódicos, pone de manifiesto aquel cambio al cual llamamos *evolución*. Obrando eternamente al través de la base material del universo, por medio de la «substancia raiz», da la vida y da la muerte, y de nuevo vuelve á conceder la vida. Atomos y mundos, vida orgánica en cada una de sus fases, desde la célula más diminuta, desde los gérmenes primeros de la vida sensitiva, hacia arriba al través de todos sus grados, desde la aurora primera de la conciencia individual, pasando por la planta y el animal, hasta los hombres y los dioses; esta gran ley continua imperturbable en su acción. Ciclos dentro de otros ciclos en magnitud siempre creciente, hasta que la mente del hombre queda perdida en la contemplación del infinito; y sin embargo, al través de todo, y en la unidad entera y en la harmonía tales como somos capaces de ver y de comprender, nos encontraremos al universo entero en cada uno de los puntos matemáticos que existen en el espacio. Y así es como un tipo responde á todos, y un simbolismo es de aplicación universal; y si fuésemos nosotros sabios como aquellos de la antigüedad que dieron al mundo aquel simbolismo, seríamos á la verdad capaces de leer en las estrellas los destinos humanos.

Debemos prestar ahora nuestra atención por unos breves momentos á la Doctrina Cristiana de la Redención. Supongo que ninguno de mis oyentes (1) cree en el dogma de que los sufrimientos de un Cristo físico eran la propiciación de un dios colérico Podría uno creer que los sufrimientos actuales de la humanidad misma, aun desde la «caida», constituían una propiciación suficiente para satisfacer á cualquier Dios que tuviese un sentimiento de justicia igual por lo menos al nuestro. Pero sea como sea, debo yo demostrar ahora que esta doctrina, á pesar de lo groseramente que ha sido materializada, puede ser todavía reconstruída siguiendo las líneas esotéricas.

Dirijámonos á nuestro diagrama acerca de los siete principios del hombre. Pag. 197. Tenemos en él, al hombre espiritual ó divino como una *trinidad,* correspondiendo á la trinidad suprema y divina, que en cada uno de

(1) Este trabajo fué leido en una Sesión. N. del T.

los antiguos sistemas se encuentra, de la cual fué derivada la Trinidad Cristiana, y promulgada últimamente como un dogma cuando Atanasio triunfó sobre Ario. Ahora bien, en esta trinidad de Atma-Buddhi-Manas, Atma corresponde al «Padre», y «Manas» al «Hijo». De Manas siempre se habla como del Ego que se encarna, como de lo que constituye el principio informador de nuestros nacimientos sucesivos sobre la tierra. Esta afirmación, como quiera que sea, es únicamente parcial en su aplicación. El misterio de la trinidad, el tres en uno y el uno en tres, es repetido en la tierra. Atma-Buddhi-Manas no son tres, son sólo uno, sin embargo, considerados *relativamente* ó en lo referente á su capacidad individual, tienen que ser tratados como entidades separadas. Una analogía muy familiar servirá para ilustrar lo anterior, y á la verdad, bajo la forma de «ideación divina», permanece á la raiz de esta trinidad metafísica. Siempre que os ocupáis de un *pensador*, debéis tener también un *pensamiento*, y una *cosa acerca de la cual se piensa*. A estos tres no podéis separarlos, uno no puede existir sin los otros, y sin embargo cada uno de estos tres principios puede ser individualizado y tratado separadamente. En otras palabras, siempre que tiene lugar la acción de la inteligencia consciente, sea de Dios, sea del hombre, tiene que existir una trinidad.

Ahora bien, asi como *Manas* es un aspecto individualizado de *Atma*, el principio universal, el séptimo, el más elevado, la síntesis de todos los demás, siendo *Manas*, por decirlo así, un rayo de *Mahat*, ó mente universal, del mismo modo nuestra conciencia personal, el principio pensante del cuaternario inferior, ó en resúmen, nosotros mismos, es sólo un aspecto individualizado de *Manas*, ó un rayo del mismo. En otras palabras: Manas, el Ego divino, no se halla comprendido en la personalidad, permanece sobre ella á manera de sombra protectora, y es su guía. Hemos ya visto que á causa de esto es crucificado simbólicamente en la cruz de la materia, porque él mismo á ella se adhiere y se convierte en responsable de todos los actos de su personalidad, así buenos como malos. Es á la verdad la víctima expiatoria, que por nuestras transgresiones sufre, y que por los pecados de la humanidad padece.

Y obsérvese como la única esperanza de salvación para la personalidad, para nosotros mismos, el único camino por el cual podemos escapar del mal de la materia, de la «gran ilusión,» del «gran engañador», de lo que la palabra *Diablo* simboliza, el único medio por el cual podemos alcanzar aquella perfección de nuestra humanidad que es simbolizada en Cristo; es por la unión con nuestro *Alter Ego*, nuestro *Yo Superior;* ó por medio de aquel Cristo que permanece en nosotros y al cual Pablo predicaba. Si persistentemente nos separamos nosotros de la luz, si nos negamos á obedecer los impulsos de nuestra conciencia, y escogemos el sendero del mal, debilitamos cada vez más el lazo que une á lo superior con lo inferior, hasta que por fin quizás el lazo es roto y no existe posibilidad alguna de salva-

ción. Este es el «pecado contra el Espíritu Santo.»

Obsérvese como esto es enseñado en el Evangelio de S. Juan: «Yo soy el camino, y la verdad y la vida: Nadie viene al Padre, sino por Mí.» (XIV. 6.) Porque como Manas es uno con Atma, no podemos nosotros alcanzar á este último, ó al «Padre», más que por medio de la unión con Manas. Y esto tiene que tener lugar mediante nuestros propios esfuerzos conscientes y contínuos, y no gracias á una dispensación milagrosa de la «providencia.» A la muerte, todo cuanto es *espiritual* en nuestro carácter, es por decirlo así, absorbido por el Ego Real. Todo cuanto pertenece á los cuatro principios inferiores es disuelto ó desintegrado, ó nos espera como *Karma*, para nuestro próximo renacimiento, mientras que la conciencia personal realiza por completo todas sus aspiraciones espirituales en un estado de bienaventuranza ó «Cielo.» Pero esto es únicamente posible hasta el grado en que cada individuo ha cultivado é intensificado aquellas aspiraciones; cada uno va á su lugar señalado ó más bien á su estado. El libro del juicio permanece abierto, el registro imperecedero de cada pensamiento y de cada acción, trazado en el gran libro de la causa y del efecto, asignará á cada uno su premio apropiado, y cuando su renacimiento su castigo justo. Que nadie espere escapar á la ley de justicia absoluta.

«Todo lo ve y todo lo observa;
Obra uno bien: recompensa! obra uno mal:
La justa retribución debe tener lugar,
Aunque DHARMA (La Ley) tarde en hacerlo.

Ni conoce la cólera ni conoce el perdón; con justicia absoluta
Aplica sus reglas, pesa en sus balanzas infalibles;
Para ella el tiempo no existe, ó juzgará mañana,
Ó después de muchos días.»

Y si queremos nosotros librarnos del renacimiento, si queremos triunfar sobre la muerte y la cruz, podemos únicamente hacerlo por medio de esta unión perfecta con nuestro Cristo interno. Y justamente en proporción á como se logra esto individualmente, tiene lugar la unión completa de la personalidad con la triada superior; y lo mismo sucederá para con la raza considerada colectivamente, cuando vuelva aquel ciclo en que el espíritu triunfará una vez más sobre la materia, lo cual es simbolizado en el Nuevo Testamento, como el «segundo advenimiento de Cristo.» Y entonces el «Hijo», habiendo dado cima á su obra, se convierte una vez más en uno con el «Padre». Esto es el «Pralaya», ó inspiración de Brahmâ, en la fraseología Oriental; mientras que S. Pablo lo espresa diciendo: «Y cuando todo le estuviere sujeto, entonces aun el mismo Hijo estará sometido á aquel, que sometió á él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos.» (I. Cor. XV. 28).

Léase el místico Evangelio de S. Juan á la luz de esta interpretación y véase qué torrente de luz no lanza sobre las referencias constantes á las relaciones existentes entre el «Padre» y el «Hijo», personificado este último en Jesús. El «Padre» del Evangelio de S. Juan jamás ha sido, ni jamás será Jehovah, el dios personal y nacional de los israelitas; aunque la Iglesia lo haya ingertado sobre el Cristianismo. Los dichos y las pretensiones de Jesús son absurdos si se les personifica, pero rebosan de significación y de verdades profundas cuando son aplicadas á principios universales. «Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre; así tambien el que me come, él mismo vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo. No como el maná, que comieron vuestros padres, y murieron. Quien come este pan, vivirá eternamente.» (Juan VII. 58. 59.) Este párrafo lleva en su misma faz su carácter místico y figurado. Y sin embargo, la Iglesia lo ha materializado, y habiendo logrado imponer al mundo un *Cristo* personal, ha dado origen á algunas de las formas más groseras del ritual supersticioso.

Los Fariseos de la antigüedad eran los representantes de todo cuanto en materia de religión era mezquino, formal, mecánico y material. Practicaban ellos un ritual, del cual el espíritu había volado, cuya clave se había perdido; ellos limpiaban el exterior del vaso, pero en su interior permanecía lleno de extorsión y de maldades. Y por esta razón gritaban los Fariseos: «¡Crucificadle, crucificadle!» No supongais que esto se refiera meramente á un suceso histórico, es más bien aquello que tiene lugar en todas épocas, cuando la verdad es sacrificada á manos del formalismo y de la hipocresía. La crucifixión, tal como ya hemos visto, es el símbolo del descenso del espíritu á la materia bajo cualquier aspecto que la consideremos, ya definida é individualmente en nuestra propia naturaleza, ó de un modo más abstracto; como la manifestación de lo que es subjetivo á la objetividad, la aparición de la forma y del aspecto, ó bien la representación en el plano material, limitado y condicionado, de principios universales y espirituales. Así es que siempre que tratemos de dar á estos misterios espirituales un aspecto ó forma definidos, ó pretendamos confinarlos dentro de los límites de algun sistema, de alguna fórmula ya preparada y árida de algun dogma y creencia, crucificaremos á lo divino en la cruz de la materia.

Y lo que los Fariseos hacían en sus tiempos, lo hace hoy día la Iglesia. Todos los días y á todas horas grita: «¡Crucifícale, crucifícale!» A cada una de las promulgaciones de sus dogmas; á cada uno de los desesperados esfuerzos que verifica para detener la corriente progresiva del saber y ocultar la verdad de la humanidad; en cada anatema que lanza contra aquellos que han despertado á los profundos misterios de su sér interno, y que buscando en vano una luz cualquiera en las enseñanzas cristianas, se han separado de ellas; la Iglesia crucifica de nuevo al Hijo de Dios; la Iglesia le espone de nuevo á la vergüenza pública.

No negamos ni destruímos nosotros la doctrina cristiana; nosotros la afirmamos y la restablecemos. Es la Iglesia quien la destruye sujetándola á límites é imponiéndola condiciones; rehusando reconocer su elasticidad y su aplicación á las leyes naturales y á los principios universales. Todo cuanto pertenece al mundo de la forma y de las fórmulas, hállase sujeto al cambio, á la decadencia y á la muerte. En la VERDAD no puede existir cambio alguno; y sin embargo, nada es más palpable que el valor siempre fluctuante de aquello á lo cual se da el nombre de *ortodoxia*. Nada posee hoy día menos valor que las enseñanzas de la Iglesia en lo referente á su influencia práctica sobre la conducta y las relaciones sociales de las naciones. La enorme mayoría de los pensadores se han alienado de la iglesia, y las masas se hallan escasamente afectadas por su influencia. Aquellos que profesan, no practican; ellos tranquilamente ignoran todo aquello que en las enseñanzas de Jesús podría inmiscuirse en sus cuestiones sociales. Todo cuanto afecta á nuestras relaciones de sociedad fúndase en razones de conveniencia que no poseen la menor base especial en la doctrina cristiana. La Iglesia misma ha decidido que así debe ser. Lo que enseña está relacionado con una vida futura, se refiere á un estado espiritual futuro y no al *Presente* espiritual y eterno. No posee principio de moral alguno que no se encuentre en otras partes, porque en todos aquellos puntos en los que la ética de Jesús se encuentra por encima de la moral vulgar de la propia conveniencia, admite de un modo tácito, y aun declara espresamente, que son *impracticables*.

No vamos á disputar nosotros con el religioso de devoción sincera, con aquellos que luchan lo mejor que pueden con las iluminaciones de que disponen por vivir según su ideal. Son cientos de millares los que, dado su modo de sér, no pueden entrar en las enseñanzas esotéricas. Debe la verdad serles presentada en alguna forma familiar y comprensible, de otra manera, es para ellos letra muerta, un libro cerrado. Para muchos el Salvador personal es una realidad viviente, porque ellos mismos la han creado, viviendo todos los días y á todas horas fijos en su ideal. (1) El destruir de repente este ideal, sin sustituirle un equivalente, podría conducir á un mal indecible. Conduzcámonos de una manera suave y bondadosa con todos los que se hallen en este caso.

Ni hay necesidad ninguna de destruír aquel ideal que tan querido es por tantos cristianos sinceros. La adhesión personal á la vida y carácter de Jesús de Nazareth puede todavía continuar en todos sus grados y formas.

(1) Existe en esto una profunda verdad, bien poco sospechada en Occidente. La potencia del pensamiento, de la ideación humana, es formidable; la imagen mental se convierte en una realidad en el plano astral, y si otras entidades la animan, puede el devoto en su estado *post mortem*, creerse realmente en presencia de Jesús, Mahoma etc., ú otras ilusiones.—N. del T.

se hace más grande y más enérgico á medida que vamos comprendiendo la naturaleza verdadera de su divinidad y la verdadera naturaleza de su humanidad. Jesús-Cristo es, á la par, humano y divino, *puesto que nosotros somos divinos y humanos.*

Compréndase bien esta cuestión: *Jesús* es el carácter personal é histórico, *Cristo* es el *tipo* que ha sido injertado en, y asociado con aquel carácter. *Cristo,* el «segundo Adám,» no puede ser más histórico que el «primer Adám,» y aquellos que han aceptado el carácter místico y alegórico del uno no poseen razón ninguna para no hacer lo mismo con el otro. Ambos son tipos de humanidad. «El primer hombre es de la tierra, terreno; el segundo hombre del cielo, celestial. Cual es el terreno, tales son tambien los terrenos, y cual es el celestial, tales son tambien los celestiales. *Por lo cual, así como la trajimos la imágen del terreno, llevemos tambien la imágen del celestial.*» (I. Cor xv. 47. 48. 49.)

Han existido siempre, y siempre existirán, lo exotérico y lo esotérico; una religión para las masas, una iniciación para los pocos. Pero cuando vemos nosotros á ciegos conduciendo á los ciegos, tenemos el deber de intervenir. Así como Jesús denunció á los escribas y fariseos de su tiempo, del mismo modo tenemos la obligación nosotros de denunciar al formalismo y á la hipocresía del día de hoy. La Iglesia no posée ninguna doctrina esotérica, ningun sacerdocio iniciado. Hoy día el sacerdote en realidad puede decirse que se nombra á sí mismo; las calificaciones que para ello se le exigen son, más que nadá, sociales, ó facultades para predicar. Léase el capítulo quinto de la Epístola á los Hebreos, que trata de la conexión entre Cristo y Melchizedek, como el tipo del sumo sacerdote, de quien Pablo dice: «Del cual tenemos muchas cosas que decir, y difíciles de declarar; porque sois flacos de oir. Pues debiendo ser ya maestros por el tiempo, teneis aun necesidad de que os enseñen cuáles son los elementos del principio de las palabras de Dios; y os habeis vuelto tales que habeis menester leche, y no manjar sólido » (Hebreos V. 11. 12.). Y así se va repitiendo la historia.

Pero aquellos que quieran comprender «aquella sabiduría de Dios en misterio,» que Pablo ha predicado, y la cual puede vérsela todavía discurrir á manera de hilo de oro al través de sus Epístolas, á pesar de lo tristemente falsificadas que hoy permanecen, tienen que arrojar de sí mismo los «débiles y miserables elementos» que mantienen á los hombres esclavos de la letra. Y únicamente cuando hayais hecho esto, sabreis lo que es «aquella libertad gloriosa del Evangelio de Cristo,» que Pablo ha predicado. El ha dicho: «Guardais los días, y los meses, y los tiempos, y los años. Me temo de vosotros que no haya trabajado en vano en vosotros.» (Galatas IV. 10. 11.) Solamente cuando podremos decir nosotros con Pablo: «Estoy enclavado en la cruz juntamente con Cristo. Y vivo, ya no yo: mas vive Cristo en mí» (Galatas II. 19, 20); podremos pretender ser llamados Cristianos ó Teosofistas. Lo que pretendía decir Pablo, es justamente aquello á

lo cual los Teosofistas se refieren cuando hablan de la unión con el *Ego Superior*.

«Oh insensatos Galatas,» añade él enseguida, «¿quién os ha embaucado para no obedecer á la verdad; vosotros ante cuyos ojos ha sido ya representado Jesu-Cristo como crucificado en vosotros mismos?» (Galatas III. 1.) Lo cual quiere decir: á quienes él había enseñado abiertamente el conocimiento del Cristo místico que los Gnósticos iniciados habían mantenido hasta entonces en secreto profundo; puesto que añade: «¿tán necios sois, que habiendo comenzado por espíritu acabais por carne?;» ó lo que es lo mismo que habiendo empezado con la significación más elevada y espiritual, volvais á caer ahora en el culto esterno de un Cristo carnal? Ni es difícil el trazar la conexión entre estas palabras y la relación que guardan las enseñanzas de Pablo con las de Pedro y de los demás apóstoles que fundaron la Iglesia de Roma. (1) Pablo era un iniciado y un gnóstico. Así como el Evangelio de S. Juan es gnóstico, lo mismo lo son las Epístolas de S. Pablo, y á despecho de las interpolaciones y las enmiendas que hicieron en ellos los padres de la Iglesia antes de consentir que fuesen unidas al Canon, el hecho no puede ocultarse ya por más tiempo en cuanto se ha encontrado la clave. Era contra Pedro y contra aquellos que con él, como apóstoles de la «circuncisión,» predicaban un Cristo personal y carnal que ponía en guardia Pablo á los Galatas. (2) El asunto es en esceso largo para que aquí nos ocupemos de él, pero son necesarias estas indicaciones con objeto de que la cuestión de la doctrina Cristiana, derivada de la autoridad de la Iglesia, pueda ser comprendida.

He resumido ya brevemente la entera narración bíblica en conexión con la doctrina cristiana. He hecho ver como cada una de las doctrinas, inspiración y profecía, la caída y la redención, la crucifixión y la resurrección, la divinidad de Cristo y la redención son cada una y todas ellas, susceptibles de una interpretación esotérica. Tambien como estas doctrinas se fundan en enseñanzas más antiguas, conocidas como los *Misterios* ó la *Gnosis*, pero que han sido pervertidas y oscurecidas por la Iglesia, hasta que finalmente la clave se perdió, y habiendo obtenido la Iglesia el poder temporal que deseaba, impuso al mundo aquellos dogmas que han sido siempre sinónimos de todo cuando se halla en más abierta oposición con las enseñanzas de Jesús y con las de Pablo el Apóstol.

Todo lo que he sido capaz de hacer, despues de todo, ha sido el indicar los jalones para dar una clave á la complicada é intrincada cuestión de la

(1) Lo cual *históricamente* no está demostrado, ni mucho menos. Ni Justino Martir, ni otros escritores primitivos Cristianos hablan de la estancia de Pedro en Roma. —N. del T.

(2) «Y cuando vino Cephas á Antioquía, le resistí en su cara, porque merecía reprensión». «(Pablo, Galatas II. 11. sig). Cephas es S. Pedro.» .....tú serás llamado Cephas, que se interpreta Pedro (Juan II. 42).—N. del T.

historia y autoridad bíblicas. Aquellos que están familiarizados con las interminables controversias acerca del asunto, con los desesperados esfuerzos que se llevan á cabo para ver de reconciliar la leyenda con la historia, y al elemento sobrenatural con las leyes y hechos conocidos de la naturaleza, esta interpretación puede ser para ellos á manera de aguas frescas y refrigerantes en un desierto árido y ardiente. Si ellos quieren seguir aplicando la clave, verán que las dificultades no son más que espejismos é ilusiones. Se elevarán á un plano mental sereno y exaltado en el cual semejantes disputas no pueden afectarles. «Mandarán á rodar á las cuestiones frívolas, á las genealogías, á las disputas y controversias acerca de la ley; puesto que para ellos serán tan inútiles como vanas.» Y Pablo añade á esto una advertencia que harán muy bien en tener presente los Teosofistas: «Huye del hombre hereje despues de la primera y segunda corrección:» (Tito. III. 9). Es imposible el enseñar la verdad espiritual oculta á aquellos que se hallan todavía bajo la esclavitud de la ley, á aquellos que todavía no se han libertado de la forma material, y que no pueden concebir mayor ideal que el de un cielo material de goces interminables, y un infierno igualmente interminable de tormentos eternos.

Tiempo es ya de que el mundo cristiano se sacuda de una vez de encima el hechizo que tanto tiempo hace se lanzó sobre él. Tiempo es de que todos los hombres pensadores despierten á las realidades espirituales que constituyen el AHORA eternamente presente. Y es la Teosofía quien tiene que dirigir esta reavivación espiritual; la que tiene que libertar á la humanidad de la ignorancia, de la superstición, del pecado y de la muerte. ¡Ojalá resonasen al través del mundo entero á manera de trompeta las palabras: DESPIERTA TÚ QUE HAS DORMIDO, Y LEVÁNTATE DE ENTRE LOS MUERTOS, Y CRISTO RESPLANDECERÁ SOBRE TÍ!»

FRAGMENTO DE LA DOCTRINA SECRETA

POR H. P. BLAVATSKY

Vol. 1. pág. 296.

Los Teosofistas son los primeros en reconocer el valor intrínseco de la Ciencia. Pero cuando sus Sumos Sacerdotes resuelven la conciencia en una secreción de la materia gris del cerebro... protestamos...

.....Porque verdaderamente la luz astral de los tan ridiculizados Kabalistas posee secretos estraños y misteriosos para aquel que sabe ver en ella, y los misterios ocultos en sus olas incesantemente perturbadas, *alli permanecen*, por más que pese á todos cuantos materialistas y burlones exis-

ten (1). Estos secretos juntamente con muchos otros misterios, permanecerán como no existentes para los materialistas de nuestra época, de un modo parecido á como no existía América más que á manera de mito para los europeos durante la primera porción de la Edad Media, á pesar de que los Scandinavos y Noruegos habían llegado al muy antiguo «Nuevo Mundo» y se habían establecido en él, varios siglos antes. Pero, así como nació un Colón para redescubrir, y para obligar al Antiguo Mundo á que creyese en los Antípodas, del mismo modo nacerán sabios que descubrirán las maravillas que sostienen ahora los Ocultistas existen en las regiones del Eter, con sus ciudadanos variados y multiformes y sus Entidades conscientes. Entonces *nolens volens*, tendrá la Ciencia que aceptar la antigua «Superstición», como ha tenido que hacer con tantas otras. Y en cuanto se haya visto obligada á aceptarla (juzgando por las pasadas experiencias), sus sabios profesores, con toda probabilidad apadrinarán la cosa y desecharán su nombre, como en el caso del MESMERISMO y Magnetismo, ahora re-bautizados como Hipnotismo. La elección del nuevo nombre dependerá á su vez de los «modos de moción», el nombre nuevo para los más antiguos «procesos físico-automáticos entre las fibrillas nerviosas del (Científico) cerebro» de Moleschott; y también es muy probable que dependa del último almuerzo del que dé el nombre; desde el momento en que según el Fundador del nuevo Schéma Hylo-Idealista, «Cerebración es genéricamente lo mismo que quilificación» (2). Así es, que si tuviese uno que dar crédito á una proposición tan vergonzosa, el nombre nuevo de la cosa arcáica, dependería de la inspiración del hígado del bautizante, y entonces únicamente podrían estas verdades tener una probabilidad de convertirse en científicas!.....

REVISTAS TEOSÓFICAS

The Theosophist: Núm. de Febrero. *Ascetismo* se titula su primer artículo, por H. S. Olcott. Encaminado à repetir lo que tantas veces se ha dicho, ó sea, que el ascetismo exagerado, el vegeterianismo fanático y todas las prácticas físico-psíquicas propias de la Hatha-Yoga no conducen más que à la ruina mental y moral muchas veces. Cita un largo párrafo de un magnífico artículo de H. P. Blavatsky publicado en el Path, *Los Mahatmas Teosóficos*, que publicaremos en breve. A. Nilakanta Sastri, M. S. T, sigue con *El Avatar Varaha de Vishnu;* artículo que nos dice será seguido por 3 ó 4 de la misma longitud, en los que se traducirá una porción de un Purana, y que dejará à Veda-Vyasa hablar acerca de este misterío del Varaha. Añade algunas observaciones acer-

(1) La luz astral de los kabalistas es muy incorrectamente traducida como Eter por algunos; este último es confundido con el Eter hipotético de la Ciencia, y á los dos, algunos Teosofistas consideran como sinónimos de Akâsa. Esto es un gran error.

(2) National Reformer. Enero 9 1887. Artículo «Phreno-Kosmo-Biology», por el Dr. Lewins.

ca de la mística sílaba OM, y dice que «Varaha es la respiración oculta que une á Narayana y Brahma. Narayana expira, y Brahma entra en la existencia; inhala, y Brahma el alma, se convierte en una con la Super-Alma.» *Un Bosquejo acerca de la D. S*, por C. S. (continuación). *El Ka de los Antiguos Egipcios*, por Exeter. Sigue luego S. E. Gopalacharlu con la continuación del artículo *Los Mantras, su Naturaleza y Usos*. Desarrolla el tema hábilmente y da una muy clara idea del porqué de la acción de los sonidos al pronunciar los Mantras, de los defectos de estos y de lo relacionados que están con los Devatas, «el Devata es de dos formas, á saber, la de un Mantra, y la del Sukshma Sarira.»

Dice luego el Pundit que el beneficio que puede obtenerse de un Mantra depende del Karma del que lo emplea. Que antes de ser iniciado en el uso del Mantra por el Guru, es menester haber dominado al Devata correspondiente. En el artículo figuran varias tablas relacionando las letras del alfabeto sanscrito con números; y como el número indica la vibración etérica, no es difícil comprender de que depende la acción de los Mantras. H. Dharmapala. M. S. T. en su artículo *El Bisuddhi Marga*, nos da una breve idea de este monumento del Buddhismo, quiere decir La Via Pura, y su autor fué el gran Buddha Ghosha. Se le llama la joya de la filosofía predicada por GAUTAMA BUDDHA; la obra está escrita en Pali, y no ha sido traducida; su traducción, nos dice el autor del artículo, ocuparía varios volúmenes del tamaño de la Doctrina Secreta de H. P. B, y exigiría cinco ó seis años de trabajo. *Misterios Elohísticos* por Henry Pratt. M. D. *Variedades de Magia Africana*. Parte I, por Miad Hoyora Korahon, M. S. T. Demuestra la competencia del autor en estas materias, como ya lo ha demostrado en sus trabajos anteriores; hay muchos casos curiosos, algunos de ellos corroborados por misioneros; según parece, hay negros que producen en ocasiones la lluvia á voluntad, lo cual, á pesar de los esfuerzos para lograrlo, no lo han alcanzado los que en Norte-América se dedican á intentarlo por medio de explosivos. *Teorías Indias acerca del pulso*: por K. Narayanaswmy Iyer M. S. T. Al leer este trabajo se comprende el estado infantil en que se halla la medicina Occidental. El pulso según la medicina India, es algo infinitamente más complicado que lo que se cree en general, parece ser que para tomar el pulso en regla, es menester comparar la sensación que produce en cada uno de los tres dedos centrales de la mano del médico cuando lo toma al paciente, lo cual da origen á muchísimas combinaciones, que unidas al perfecto conocimiento de los distintos Pranas y su distinta manera de obrar según las horas del día, y el conocimiento de los *nadis* (nervios) visibles ó *invisibles*, por los cuales circula la corriente vital (Prana) y que como acompañan á las arterias, transmiten á la corriente sanguínea su intensidad vibratoria, todo esto y muchas cosas más que no añado por falta de espacio, es indispensable para poder dar un diagnóstico científico respecto á la enfermedad del paciente. ¿Hay algún Doctor europeo capaz de hacerlo? ¿Ha dicho algo la medicina *moderna* que sobrepuje á los Aforismos de Hipócrates?

The Theosophist de Marzo, contiene los artículos siguientes: *Antiguas Hojas de Diario*, por H. S. Olcott. *Investigación Hipnótica en Francia*, por H. S. Olcott. *Análisis del Ramayana, canto 1.º*, por A. Nilakanta Sastri, M. S. T. *Más acerca del hombre perspicaz*, por S. E. Gopalacharlu. *Karma y Astrología*, por D. M. O. *Una traducción del Samkhya-Tattva-Kaumudi de Vachaspati*

Misra. El alimento del Paraiso, por H. S. O. *Los Mantras, su naturaleza y sus usos*, (continuación). *El aspecto moral de la Teosofía no es el único*, por H. T. Edge, M. S. T. *El bien y el mal*. por J. K. Dají, M. S. T. *Una vuelta por la India Meridional; Conferencias de una señora*, por F. Henrietta Müller. B. A. *Revistas*, etc., etc.

The Path.—El número de Marzo empieza con, *Han pasado seis años*, artículo de su diretor, en el que repite lo que la experiencia ha demostrado, ó sea, que la muerte de H. P. B. por mucho que la deploremos, ha hecho ver la fuerza real de la S. T. pues creyóse que su desaparición iba á ser la sentencia de muerte para la Sociedad. *Consultas del Prof. Dean* por M. J. Barnett (continuación). *Reencarnación Una necesidad física*, por J. D. B., pues mientras el Ego se encuentra á gusto en un cuerpo físico, á la vida física tiene que volver, por la misma razón que el bebedor vuelve una y otra vez al vino que le embrutece. *La síntesis de la Ciencia oculta* (continuación). La mayor parte de nuestros lectores convendrán en que el *Ego* antecede y sucede á la existencia objetiva, por lo tanto tiene mucha razón el autor del artículo al decir que: «esta doctrina del Ego debe ser considerada á la luz de la síntesis completa del ocultismo, y precisamente en proporción á la extensión con la que esto es verificado con inteligencia, se manifestará la significación del Ego.» *Algunas leyendas indias. Un Poema de Sita. Valmiki el Autor del Ramayana. El Templo de Mungalgiri*, por J. S. *Afirmaciones y Negaciones*; por W. Q. Judge. Se ocupa de las curaciones por sugestión mental tan en boga hoy en ciertos círculos, y que la Teosofía no aplaude en manera alguna. *Un Catecismo del Brahmanismo*, (continuación). *Los Hombres, Agentes Kármicos*, por D. K. El que los hombres sean agentes Kármicos, como todo cuanto en la naturaleza existe, no quiere decir que en nuestro estado de desarrollo tengamos el menor derecho para inmiscuirnos en el Karma de los demás ni de juzgar á los otros ó de hacerles sufrir: este es el fondo del artículo. *El Futuro y la Sociedad Teosófica*, por William Brehon. *Acerca el matar animales*, por el E. D. *Tea Table Talk*.

Lucifer de Marzo.—Su Directora nos dice en el primer artículo titulado: *En la Atalaya*, que cambia de plan, y que en lugar de escribir un artículo sobre un asunto determinado, se propone dar á luz una serie de Notas acerca de los sucesos, polémicas, etc., que puedan interesar en lo referente á la Teosofía en general. *El Violin animado*, por H. P. Blavatsky; una de las producciones más fantásticas y bellas de su pluma. Sigue luego W. Q. Judge, M. S. T. con *Acerca del futuro*: *Unas pocas reflexiones*. Se ocupa de las razones por las que debe ser considerada América como el quinto continente, y de los preludios de la aparición en la misma de la 6.ª subraza de la quinta raza. *El Alma del Mundo*, por G. R. S. Mead. M. S. T. Es un artículo serio é interesante por las copiosas citas de obras Orientales y los acertados juicios de su autor tocante á este punto difícil. *La eterna celula*; por Herbet Coryn. M. S. T. *Renacimiento, una prueba por Ley*; por Thos Williams M. S. T. *Vasudevamanana: ó la Meditación de Vasudeva*. Traducido por dos Miembros de la S. T. de Kumbakonam. «Es considerada por los Pundits de la India Meridional como el compendio por excelencia de la Filosofía Advaita. *Reencarnación*, por Annie Besant M. S. T. (continuación). *Un Bosquejo de la Doctrina secreta*, (continuación) por C. J. *Teosofía é Investigación Psíquica*, por W. Kingsland. M. S. T.»

Le Lotus Bleu.—Da principio á su número de Febrero con *La Unión del Mundo Buddhista*, traducido del Theosophist de Enero. *Tres Himnos del Rig Veda*: Traducción y Notas, por Emilio Burnouf. Sigue luego *La Introducción al Estudio de la Doctrina Secreta*; por un *Disciple*. *Perlas de Oriente. Le Mal de Cœur Divin*, (conclusión). *Estudios de Dietética Teosófica*, por el Dr. Bonnejoy (du Vexin). *La Clave de la Teosofía*, por H. P. B. (continuación). *Tribuna Teosófica. Ecos del Mundo Teosófico, etc.*

El Director: F. Montoliu. M. S. T.